

LOBO SAPIENS



Lázaro
Wolff
Piedrasanta

Primera edición, abril de 2020

©2020 Lázaro Wolff Piedrasanta

ISBN: 978-99939-0-073-3

Derechos exclusivos del autor.

Diseño de portada: José Manuel Wolff Piedrasanta

Diagramación: José Manuel Wolff Piedrasanta

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra.

Lázaro Wolff Piedrasanta

Lobo Sapiens

A Carol, mi Madre, que lo es Todo.

La noche tiene la forma de un grito de lobo.

Alejandra Pizarnik

Índice

Altas Horas	15
Una historia lobuna	19
Los Wulford	23
El Tarot	29
La cicatriz	43
Premonición	49
No todos somos alpinistas	55
La ofrenda	61
Tacalito	65
Un regalo del pasado	77
Cuento onírico	83
Un problema de identidad	89
El lobo del hombre	95

AFORISMOS Y ADENTRISMOS

Sobre el pensamiento, la inteligencia y la estupidez	111
Sobre los sueños y el éxito	113
Sobre el destino	116
Sobre los políticos	118
Sobre la tristeza y la felicidad	119
Sobre la risa y el humor	122
Sobre la soledad	123
Sobre el ego	126
Sobre la locura	128
Sobre el amor	130
Sobre la aceptación	133
Sobre la muerte	135
Sobre la verdad	136
Sobre la Humanidad	138
Sobre los espíritus libres	143

Más impacta el lobo callado que el perro ladrando.

Anónimo

Altas Horas

Me encontraba en casa compartiendo con amigos y familia cuando me entra una llamada de un desconocido a mi celular. Contesto. Se trata de un portugués ofreciéndome las últimas alfombras persas que le quedan de una colección expuesta durante dos semanas en un hotel de prestigio aquí en Guatemala. ¿Quién le dio mi contacto?, pregunto. Calla, duda, titubea; dice que no tiene su portafolio a mano, que no tiene ese dato a mano. “¿Cuándo y dónde nos juntamos?”, pregunta. Escojo el día lunes, por decir un día. Inmediatamente me oigo dictarle la dirección de mi trabajo sin mi total consentimiento. “Soy el dueño del negocio, no habrá ningún problema”, razono al fin. Colgamos.

En la reunión ya no me comporto como acostumbro. Callo, dudo, titubeo; y los demás lo notan. Me interrogan. Les revelo lo que acaba de sucederme. Se alarman. Todos concuerdan que fue una tontería de mi parte, que vivimos en un país peligroso y que todo aquello parece ser una trampa, una emboscada, quizás hasta un intento de secuestro. Mi mente da mil vueltas. Adentro, en las imágenes que ésta despliega, hay armas, disparos, y muerte (mi muerte). Con todo y esto no muevo un dedo para cambiar la cita. Dejo que la vida se suceda...

Ya es lunes. Los nervios despuntan como pirámides egipcias (no persas). La hora acordada se asoma como ráfagas de estruendosos rayos fulminantes. Sudo de manos a pies y de pies a cabeza. Pasan las horas, una tras otra y otra y otra más, y ningún portugués con ninguna alfombra persa entra por ninguna puerta. La espera resulta ser más agónica que cualquier estafa o secuestro. Se sucede un medio día agitado, pero las aguas se amansan. Me calmo. Sé que ya no vendrá. ¿Acaso las vendió el fin de semana? Posiblemente. Se llega la tarde. Con la tarde se llega la llamada del portugués. Me ofrece mil disculpas por su retraso. Ruega que le conceda otra oportunidad para mostrármelas en ese instante. Se lo niego. Le digo que cambié de opinión, que no necesito ninguna alfombra persa. Colgamos al fin. Me libero de un peso muerto que traía a costas (¿otra vez yo pensando en muerte?). Pero ya camino ligero. Ya respiro sin dificultad.

Llego a mi casa. Me tumbo en mi sofá preferido. Tomo el control remoto del equipo de sonido. Presiono *play*. Comienzo a relajarme. Comienzo también a dormirme... Una canción irrumpe mi sueño como ráfaga de estruendoso rayo fulminante. En el aparato de sonido suena Martín Buscaglia. No recuerdo haber escuchado esa canción antes. En su última estrofa la melodía vocífera: “Nunca tuve alfombra persa, y no la preciso ahora”. Sonrío. Doy por concluido el drama... En las Altas Horas.

*El tigre y el león podrán ser los más fuertes,
pero el lobo nunca actúa en el circo.*

Anónimo

Una historia lobuna

Mientras lavaba los platos en el camping de Alto Paraíso vi algo que llamó mi atención: la única vasija onda llevaba impresa en letras azules, en la parte de atrás, la marca Wolff (lobo en inglés, si se le resta una “f”). Intrigado, le pregunté a la dueña que de dónde había salido aquella porcelana blanca que ostentaba mi apellido. No pudo recordar quién se la había dado, pero en portugués me dijo lo siguiente:

—Lázaro, si piensas que eso es impactante siéntate aquí cerca que quiero contarte una historia que yo misma presencié y que a tí, en lo personal, te dejará boquiabierto:

—Aparte de ser veterinaria yo soy odontóloga y trabajé muchísimos años en un hospital del Estado, en Brasilia. Una vez me llamaron para algo verdaderamente extraordinario. Un lobo escapó del zoológico, pero a las pocas cuadras fue alcanzado por un vehículo en una calzada de alta velocidad y le desfiguró la mandíbula. Me llamaron para que conjuntamente con un equipo de especialistas nos empeñáramos en salvarle la vida. Así lo intentamos, pero sus heridas eran demasiado graves como para resistir las ocho horas que duró la operación y su corazón dejó de latir en el intento. Los superiores tomaron la decisión de

disecarlo para exponerlo en un museo debido a su heroico y a la vez trágico final. Pero la persona encargada de la preparación del cadáver se encontraba ausente, así que procedieron a congelar el cuerpo para la conservación de sus órganos. Un mes más tarde volvió el especialista y ordenó que lo descongelaran. Cuando éste estaba por iniciar el procedimiento, el cuerpo del animal comenzó a reaccionar con impulsos bruscos, entonces tuvieron que tomar la decisión de sedarlo para evitar accidentes. Así es pues, que el lobo volvió a la vida y lo reubicaron en su celda, y desde entonces en el zoológico lo llaman, por su homónimo con el personaje de la Biblia que resucitó entre los muertos, el lobo Lázaro.

*Has de mirar con quién comes y bebes
antes que lo que comes y bebes;
porque comida sin amigo
es comida de leones y lobos.*

Epicuro

Los Wulford

A Manuel Wolff Molina

Yo siempre almorzaba con mi abuelo, ya sean hotdogs del Liceo, hamburguesas en alguna gasolinera, o bien, en comedores cercanos a su casa.

—Mirá Lázaro, ya estoy aburrido de comer lo mismo. Tengo ganas de comer ravioles, llevame a Picabilly, yo te invito —me dijo un día tomándome por sorpresa. El abuelo siempre había sido una persona tacaña a quien no le gustaba gastar ni siquiera para su persona, mucho menos para alguien más, aunque ese alguien fuese su nieto querido.

—Está bien, ¿te parece que vayamos al Picabilly que queda en la Plazuela España?

—¡Y a cuál otro pues! —reclamó molesto. Se exaltaba con facilidad. Era un abuelo gruñón.

Cuando llegamos al lugar lo ayudé a bajarse del carro tomándolo con fuerza de un brazo para que no se tambaleara como acostumbraba hacerlo. Nos sentamos en la mesa más cercana para evitarle la fatiga. Una amable señorita nos ofreció dos menús para que los leyéramos con calma.

—¡Con un menú basta! —la interrumpió. Algo se traía en mente.

Ojeó la carta rápidamente y sin dejar que la señorita se retirara le pidió que nos trajera una porción de ravioles y una gaseosa con dos pajillas. Cuando ella se retiró, le pregunté:

—Pero... Meme, ¿y qué voy a comer yo?, ¿no será muy poca comida para los dos? —ya ni quise mencionarle nada de la bebida.

—Acordate que yo no como mucho, dejo más de la mitad del plato y tampoco tomo mucha gaseosa: ¡esa mierda es mala! Así nos sale más barato, no vaya ser que nos pase lo mismo que a los Wulford.

Intrigado por lo que pudo pasarle a los Wulford tuve que hacer la pregunta obvia, a lo que me respondió:

—Los Wulford eran una familia muy adinerada, dueños de fábricas y muchos locales en alquiler. Por despilfarrar el dinero se quedaron en “Pinula”. ¡Eso sí es de la gran puta, vos! ¡Vos porque todo lo has tenido! ¡Esperate que te lleve la chingada, ya vas a ver de lo que te estoy hablando! —el abuelo Manuel Wolff Molina siempre me daba sermones a regañadientes.

Nos llevaron la orden de ravioles con dos tenedores y dos pajillas. Yo me quería esconder debajo de la mesa pero me contuve para evitar sospechas indecorosas y fuera de lugar que no vienen al caso mencionar.

Empezamos a comer del mismo plato y a beber del mismo vaso. Terminamos y pedimos la cuenta. Si mal no recuerdo salieron alrededor de treinta quetzales, incluyendo la propina.

El abuelo me había dejado bien clara su lección: ambos

quedamos totalmente satisfechos y si en la vida me comportase tan prudente en el gasto como lo fuimos aquella vez, estoy plenamente convencido que nunca me pasará lo mismo que a los Wulford; ini Dios lo quiera!

El mismo lobo tiene momentos de debilidad, en que se pone del lado del cordero y piensa: Ojalá que huya.

Adolfo Bioy Cáceres

El Tarot

El automóvil gris disminuyó la velocidad hasta detenerse al lado del oficial que con su brazo derecho extendido le mostraba al conductor la palma de su mano y con la otra le ordenaba orillarse. Un vaho candente, como los humeantes vapores que se mezclan en una olla de barro al preparar un guiso irrumpió, inodoro, la ventana cuando Luppo la hizo bajar en su totalidad. La densa nube candente de medio día dio alcance a Isla, quien desde el puesto de copiloto lucía tranquila a pesar de la onza y media de hachís que escondía dentro de una bolsa plástica, entre el tirante de su ropa interior y su piel. (Se encontraban a doce kilómetros del puesto fronterizo El Amatillo, en El Salvador, y habían indagado por medio de amigos en común que la policía era considerablemente más hostil y corrupta en Honduras y Nicaragua; de cualquier manera, ambos eran conscientes del riesgo que corrían). Del otro lado del calor que acababa de colarse se asomaba un semblante rígido, oscuro y alargado con pronunciados pómulos y cejas anchas y tupidas, labios inexpresivos, casi muertos, y unos ojos punzantes que brillaban como los de las víboras.

—¿Hacia dónde se dirigen? —preguntó con rudeza, como si su voz estuviese fundida a su apariencia en lugar de a su

edad de veinte años.

–Vamos para Nicaragua, Señor Agente –contestó Luppo tranquilo y evidentemente dócil.

–¿Cuál es el motivo del viaje?

–Turismo –intervino Isla.

–Necesito sus pasaportes, su licencia, señor, y los papeles del carro –Procedieron a entregárselos con prontitud. De igual manera, el Oficial se los devolvió rápidamente luego de corroborar su autenticidad, y continuó así:

–¿A qué se dedica usted, señor?

–Trabajo en una empresa que repara motores.

–¿Qué tipo de motores?

–Los que se valen de combustibles diesel y gasolina para su funcionamiento.

–¿Usted se refiere a que se realizan *overhauls* en su negocio?

–Exactamente a eso me refiero, Oficial.

–¿Y usted, Señorita, a qué se dedica? –empleó el mismo tono hosco, la misma seriedad perturbadora y similar desprecio con que se había procedido desde el inicio.

–A la música.

—¡Así que usted toca música!... ¿También canta? —no la dejó responder, se volteó a su compañero más cercano que se encontraba a dos pasos de la puerta de copiloto, diciéndole a modo de burla:

—¡Mirá Chero, acá tenemos a unos músicos!

Volviéndose a ellos preguntó:

—¿Ustedes fuman?

—Sí —respondieron los viajeros al mismo tiempo.

—Fumamos tabaco de liar —especificó Isla.

—Háganme el favor de salir del auto. Ambos, por favor, vamos a revisarlo —Acataron las órdenes, descendieron con parsimonia evitando el desorden, como se les exige a los presos bajo custodia salir de sus celdas.

—¿Dónde consiguen ese tabaco?

—Lo compramos en Guatemala, en un centro comercial cerca de donde yo vivo.

—¿Y también fuman marihuana?

—No, señor agente.

—¡Eso lo veremos!

Los dos oficiales entraron al auto y comenzaron a abrir los compartimentos, las cajuelas, portezuelas, bolsas y demás envoltorios. Del cenicero sacaban los residuos

de los cigarrillos y los pegaban muy cerca de sus narices intentando olfatear cualquier sustancia sospechosa. Registraban también los paquetes de tabaco Domingo y de igual manera intentaban rastrear el cuerpo del delito con el olfato. Revisaron exhaustivamente la parte delantera pero no encontraron nada de lo que buscaban, entonces continuaron con el mismo ejercicio, ahora en la parte de atrás. El ayudante tomó la guitarra clásica y con exagerada minuciosidad situó su ojo derecho sobre las cuerdas a la altura de la boca de la misma para inspeccionar su interior. Decepcionado, la dejó sobre el sillón y continuó registrando el estuche del Ukulele con la misma destreza, mientras lo hacía, se dirigió a su joven compañero:

–Cueste lo que cueste, la tenemos que encontrar...

–¡De acuerdo! Estamos encaminados a una larga búsqueda Chero, por eso, si éstos llevan algo lo encontraremos.

El cateo en el interior del vehículo no dio los frutos que ellos con ansias añoraban. Salieron ambos, cerraron las puertas tras de sí y se dirigieron al baúl abriéndolo con desdén.

–¡No me vayan a decir que nunca han fumado mariguana!
–continuó el joven oficial. Hubo una larga pausa, el silencio creció hasta penetrar oídos y atosigar gargantas, aquello motivó a que Luppo confesara:

–En realidad yo la probé hace muchos años pero no me gustó.

Al haber reconocido su falta, los custodios de la ley se

alborotaron como buitres ante la carroña: el ayudante voló agitando sus enormes alas negras hasta colocarse frente a él e interrogarlo. El joven oficial sustrajo desde la cajuela la mochila roja de Isla con diestras pezuñas hasta dejarla sobre el suelo, preparándose para picotearla.

—¿Así que la probaste y no te gustó?... Decime la verdad, ¿fumás o no fumás mariguana? Y si no querés que les salga caro el asunto decime el lugar exacto en donde la tienen escondida —el que intuían ser el ayudante había sido el más discreto de los dos hasta ese momento, aun así, desde un principio los viajeros había sospechado que algo no coincidía, algo que carecía de lógica: innumerables variables hacían suponer que el líder entre ambos era el supuesto ayudante, y que lo que realmente estaba haciendo era evaluando el accionar del joven oficial para luego decidir si lo apremiaría con revelar alguna de sus mañas. Este oficial estaba por cumplir los cuarenta años. Lucía una mirada sínica aunque quizás sea mejor decir que su expresión combinaba arrogancia, presteza y opacidad en partes iguales, y que su paciencia se agotaba a borbotones. Su antigua impasibilidad había quedado de lado e iba tomando un protagonismo punzante y sigiloso con el transcurrir de los minutos, como si su vasta experiencia en el tema le aseguraba que para obtener una insignificante mordida no deberían demorar demasiado. De repente:

—¿Quién de ustedes dos lee el futuro? —preguntó con asombro el oficial joven agazapado sobre la inerte mochila que casi dejaba ver sus vísceras a través de sus cierres descocidos.

—El futuro es uno de los aspectos que revela el Tarot pero no a la manera de una simple predicción —explicaba

Isla. El Tarot podrá advertirle a quien lo consulte cuáles son los obstáculos que se le presentarán, pero no olvidemos que todos gozamos de un regalo divino invaluable: el Libre Albedrío. Lo que quiero decir es que al final cada quien toma las decisiones que le parecerán las mejores, y cada quien tendrá que hacerse cargo de su propia vida.

Desde los imponentes árboles, tomando un descanso bajo su frondosa sombra, emergieron cuatro hombres que portaban el mismo uniforme negro. Se trataba, efectivamente, de policías que regresaban de una breve pausa en sus labores para ingerir sus alimentos de medio día.

—Dale, Chero, dale, agarrá una carta, no seás culero —le gritaban los recién llegados sumidos en vistosas carcajadas que incitaron al joven oficial a proceder así:

—¿Puedo tomar una? —se atrevió a preguntar.

—Por supuesto. Yo estoy segura que cuando el Tarot te encuentra es porque realmente debes tomar una carta. Intenta concentrarte, es mejor si lo haces con los ojos cerrados. Ahora escoge una carta que te llame la atención... ahora dámela... —al voltearla, la figura que se presentó sobre su mano era la del Emperador que yacía postrado en su imponente trono de losa gris (de oro reluciente su corona) sobre la cúspide de una gran montaña.

La carta evidentemente le brindaba distinción al joven oficial, eso provocó que se sintiera a sus anchas. Los compañeros y colegas saborearon la envidia entre sus labios. Inmediatamente se marchitaron sus risas al grado que dos de ellos se alejaron de allí con la cara ensombrecida, sin

el menor deseo de escuchar lo que revelaría la imponente carta.

–Debo disculparme, no hace mucho tiempo que comencé a estudiar el Tarot y me valgo de un libro como guía para interpretar a cada uno de los arcanos, así que te pido el favor que me pases ese que está en aquella bolsa...

–Como ves –continuó –el libro está en inglés, así que necesitaré de algunos segundos para traducir y trasladarte la información. –Le concedieron el tiempo y ella comenzó a leer la última sección para sus adentros, aquella que se refería específicamente al nivel adivinatorio.

Decía, *“The Emperor augurs a confrontation with the issue of the father principle in both the positive and negative forms. It is an image of the experience of fathering. It is the father who embodies our spiritual ideals, our ethical codes...”*

–Esta carta presagia una confrontación con respecto a la figura del padre que todos llevamos dentro, tanto en su forma positiva como negativa. Es el reflejo de la experiencia de paternidad. Es el padre quien encarna nuestras ideas espirituales, nuestro código de ética. También representa la autoridad y la ambición, esa que conduce al éxito; y la disciplina y perspicacia para cumplir las metas –había un extremado silencio inducido por una absoluta atención tanto a lo que ella traducía literalmente como a lo que agregaba desde su conocimiento.

Luego echó mano de otro instante retomando la lectura en silencio: *“To have a relationship with the inner father is to possess a sense of one’s strength, one’s capacity to*

initiate ideas, and the ability to manifest them in the world; to found a business perhaps, or to establish the structure of a home and family...”

–Relacionase con el padre interior significa hacer conciencia de la fuerza que llevamos dentro, de la capacidad para iniciar ideas, y de la habilidad para manifestarlas en el mundo en que vivimos; quizás es un buen momento para que abras un negocio, o establezcas un hogar, una familia...

“We are asked to take a standpoint, to become effective and powerful, to reformulate our ethics...”

–...la carta demanda que demuestres actitud para ser más eficaz y poderoso, que reformules tu código de ética...

“We are also asked to consider where the visionary and creative young king has become the rigid, oppressive tyrant and where our ideologies are interfering with life and growth...”

Al leer esto, Isla entró en pánico. Tenía muchísimas ganas de responsabilizar a ese sujeto, de exigirle a la manera acusatoria en que dictaba la lectura, que evaluara cuándo fue que pasó de ser un joven visionario y creativo a convertirse en ese tirano rígido y opresivo en que se había transformado; de qué manera su ideología actual interfería con su vida y su crecimiento espiritual... pero el miedo a provocarle rabia y descontento la hizo omitir aquella revelación y dando fin a su interpretación, dijo:

–Cuando te enfrentas al Emperador aprendes la sabiduría del hombre que está en control de sí mismo. Que acude a su intelecto para tomar decisiones y no se deja influenciar

fácilmente por otros. De esta manera te conviertes en una persona respetada por los demás.

Esta vez el silencio buscó otra víctima, pues sin preámbulos de despedida, el joven oficial les ordenó a los viajeros que siguieran su camino.

Rumbo a la frontera, Isla y Luppo repasaban el incidente a detalle aportando sus observaciones y puntos de vista acerca de cada episodio que acababa de sucederles. A cada intervención se escuchaban sus risas nerviosas que desaparecían luego a causa de los suspiros de alivio motivados por un presente turbio que se había quedado rezagado a unos pocos kilómetros de distancia.

Lo que los viajeros nunca llegaron a saber es que esa misma noche, al llegar a su casa, el joven Oficial Adalberto Mejía Cruz sintió la urgencia singular de tomar el teléfono y marcar el único número que sabía de memoria: el de aquella casa en El Cuco en donde se había desarrollado su infancia. Contestó su padre. Efectivamente la voz parecía venir desde ese cuarto arrinconado al final de un pasillo que la memoria de Adalberto había decidido abandonar bajo llave, muy adentro en las profundidades, desde que decidió huir hacía cinco años para iniciar una nueva vida. Por eso su primer impulso fue colgar, pero la mujer con quien se había unido de manera reciente le dio el valor necesario para escuchar el próximo “aló” de su padre.

—¡Papá! —Exclamó Adalberto sin ninguna arma entre sus dientes.

—¿Quién habla?... yo sólo tengo un hijo y está aquí conmigo.

–Soy Adal, papá, perdóneme que no les haya hablado antes, perdóneme por favor... hace mucho tiempo que quería platicarles, ¿cómo está mamá?, ¿cómo está mi hermano y la meches?, ¿y usted cómo anda, papá?

–Pobres pero felices, como nos dejaste cuando te fuiste...

La verdadera distancia entre Adalberto y su familia era ideológica. Habiendo nacido todos en un pueblo a orillas de una playa paradisíaca en el Pacífico, se dedicaban a la pesca. Luego montaron un pequeño restaurante en un rancho situado en la Playa las Flores que se sustentaba con dificultades (y por temporadas) debido a un turismo que escaseaba por el difícil acceso y la falta de alojamiento en la zona.

Pero a Adalberto, influenciado por nuevas ideas, esa vida le atosigaba por todos lados. Veía su futuro en una ciudad más dinámica. Y tal y como la gente que venía de afuera, tenía otras metas: un automóvil de modelo reciente, una casa grande, un negocio propio, camisas de marca, zapatos a la moda, y algunos otros excesos. Entonces, a los quince años partió rumbo a Santa Rosa de Lima sin dejar rastro. Al principio trabajó en una ferretería limpiando bodegas y estanterías, luego fue el ayudante de un mecánico que hacía reparaciones a domicilio, después lo contrataron como mesero en una popusería visitada por políticos de mediano rango. Fue en este establecimiento donde conoció a quien llegaría a ser su mayor apoyo para optar a ese puesto de oficial que ahora ocupaba y que luego de un año y dos meses finalmente le permitía ahorrar para perseguir antiguos sueños trazados.

Fue así que por más de tres meses (además porque había adquirido el compromiso reciente de mudarse con Elena) que la idea de abrir un negocio lo alejaba de cualquier otro pensamiento. Y junto a esa idea se abrió espacio también la de hablar con sus padres, ¿pues quién mejor que ellos para distribuirle los frescos mariscos a su nueva cevichería?

Pero aquella llamada fue en vano: su padre colgó y él nunca volvió a intentar comunicarse de nuevo. Lo que sí hizo fue que a los dos meses de ese extraño episodio con los dos viajeros puso en marcha su nuevo negocio con la ayuda de Elena y de las recetas que de su madre tenía bien presentes.

La cevichería, aunque con altibajos, a la fecha continúa en pie. Y a pesar de la insistencia de Elena de dejar su puesto de trabajo, Adalberto Mejía continúa patrullando aquella carretera con la misma autoridad y similar prepotencia.

Como bien he dicho, esto fue lo que nunca supieron los viajeros. Ahora bien, lo que ni el Oficial Adalberto ni Luppo supieron fue que a Isla, en otro viaje que realizara a bordo de una Mini Van con unos amigos músicos rumbo a California un poco más de año después, la detuvieron unos policías federales mexicanos en un puesto de registro fronterizo. Al toparse con El Tarot, uno de los oficiales tomó el manajo de cartas. Sumamente concentrado escogió una de ellas y se la entregó a Isla para que le leyera su destino. La figura que apareció en su mano en aquel momento en que ella volteó la carta fue, para su gran sorpresa, la del arcano mayor: El Emperador.

*Hay noches en que los lobos están en silencio
y aúlla la luna.*

George Carlin

La cicatriz

Tengo un corazón en el dedo índice de mi mano izquierda. Es la seña de una herida que va cicatrizando de esa forma. Es obvio que no se trata de un corazón como el que tenemos del lado izquierdo del pecho (o del derecho, según la perspectiva de quien lo señale). Me refiero a que no se trata de la representación anatómica de un corazón humano con todo y su arteria pulmonar, sus venas cavas, la aorta, las aurículas y los ventrículos (palabra esta última por suerte esdrújula). Se trata del famoso y sencillo símbolo del corazón que dibujan los enamorados en las paredes y en los escritorios, ustedes me entienden. Lo que quizás no entiendan, al igual que yo, es cómo luego de un arduo trabajo con hacha, pala y azadón en el que estuve removiendo tierra y maleza tupida para la construcción de una casa de campo, me haya salido una ampolla de tamaño regular y luego se haya reventado (hasta aquí todo muy lógico), pero que en su cicatrización, como dije al principio, se forme la silueta de un corazón.

Los románticos indagarían acerca de mi vida amorosa y al descubrir que amo con desquicio elaborarían un juicio hacia lo que de momento me intriga: dirían que la piel, al ser el órgano más veloz de todos, logró plasmar ese sentimiento

que aflora, válgaseme una doble redundancia, a flor de piel. En ese caso yo ese juicio lo creería más certero si la cicatriz tuviese la forma exacta del corazón que llevamos del lado izquierdo (con todo y sus ventrículos), ya que debiera tratarse de la representación del amor verdadero.

Los místicos, en cambio, harían otras averiguaciones distintas a las recabadas por los románticos. Obtendrían un dato curioso: hace pocos días un amigo me pidió el favor de leer el relato de un sueño escrito por Julio Cortázar que aparece en su novela “62, Modelo para Armar” para que luego dibujara en una cartulina una representación del mismo, según mi interpretación. En el relato, Polanco encuentra veintiún corazones humanos latiendo regados por toda la ciudad. Tiene como testigos de sus extraños hallazgos a sus amigos, quienes de la misma manera como les sucedía a los tártaros, compartían sueños colectivos con él. Yo entonces dibujé ocho rostros (ocho es el número de los personajes que se mencionan en el sueño), dedos índices acusatorios (algunos de sus amigos desmentían sus aseveraciones tachándolo de farsante o despistado), y, por supuesto, veintiún corazones ocultos a lo largo y ancho de la hoja.

Sospecho que los místicos alegarían que la cicatriz debió haber aparecido en el índice de mi mano derecha, enterándose de mi condición de diestro; en este caso, su teoría se desplomaría como edificios dinamitados...

Entonces, ¿qué me queda? Absolutamente nada. A no ser que el tiempo no hubiese dejado rastro interviniendo de la manera como lo hizo algunas horas después ¡quién sabe con cuál de sus poderes! Utilizando un trazo impecable modificó mi obra: cada uno de los corazones escondidos en la hoja

tienen ahora un dibujo en su lado izquierdo (el derecho desde la perspectiva del espectador) a manera de cicatriz: se trata de la silueta de un hombre que, sin que quede alguna duda, me representa.

Da voces al lobo y te responderá el eco.

Luis Martínez Kléiser

Premonición

A María Guevara

Desperté con una sensación de vacío, como si mi alma precisara del sustento de un alimento que reparara su vitalidad extraviada dentro de las profundidades de una caverna existencial. Me vino a la mente el remedio de la poesía, algo raro en mí, pues la cantidad de poemas que leo es proporcional a la cantidad de días que madrugo: unos dos o tres por año. Por eso el poema que apareció en mi memoria lo leí de una novela de Julio Cortázar: el capítulo 7 de Rayuela. Así es que lo busqué en el internet y lo encontré... *“Toco tu boca, con un dedo toco el borde de tu boca, voy dibujándola como si saliera de mi mano, como si por primera vez tu boca se entreabriera, y me basta cerrar los ojos para deshacerlo todo y recomenzar...”*

Mi alma suspiró aliviada de principio a fin. Me levanté de la cama, me bañé, me vestí, y me fui a tomar el desayuno al comedor de la casa en donde me hospedaban unos amigos en Buenos Aires. Allí estaba Agustín con la pequeña Franca en brazos. Al verme me preguntó si tenía algún plan para pasar el día. Le dije que mi voluntad me imploraba conducirme a un parque rodeado de naturaleza para echarme sobre la grama y leer algún libro o dibujar... *“hago nacer cada vez la boca que deseo, la boca que mi mano elige y te dibuja*

en la cara, una boca elegida entre todas, con soberana libertad elegida por mí para dibujarla con mi mano en tu cara, y que por un azar que no busco comprender coincide exactamente con tu boca que sonrío por debajo de la que mi mano te dibuja...”

Él me aconsejó que fuera a Agronomía en su bicicleta, que luego de pasearme por sus extensos campos verdes le echara un vistazo al barrio de casas inglesas erigidas para el personal de alto rango de la compañía que construyó el ferrocarril para esa ciudad cosmopolita; por último, me instó a que no dejara de visitar el único café-restaurante de la zona. Cumpliendo con sus recomendaciones recorrí los campos abiertos mientras me acompañaba el cántico de diversas aves alegres que hacían coro con el murmurar de unas vacas ignorantes de su trágico destino. Caminé por donde me condujese una intuición que nunca se equivoca, y pude fluir con las corrientes de aire que se abrían paso con la libertad que les niega las paredes ciudadanas. Me detuve a unos metros de una alpaca que, curiosa, no me quitaba los ojos de encima... *“Me miras, de cerca me miras, cada vez más de cerca y entonces jugamos al cíclope, nos miramos cada vez más de cerca y los ojos se agrandan, se acercan entre sí, se superponen y los cíclopes se miran, respirando confundidos...”* Y no quise perder la oportunidad de dibujarla pues posaba frente a mí como una modelo de retratos. Luego se acercó otra más del clan, luego otra pequeña, y otra más, y la familia era numerosa... y cuando concluí mi dibujo se dispersaron velozmente, como sorprendidas por el rugir de un disparo al aire.

Cumpliendo con el itinerario emprendí camino hacia el barrio inglés observando las enormes casas viejas con los pórticos adornados llenos de flores (¿o de peces?) y plantas;

sus techos triangulares de un rojo intenso contrastaban con los tonos grisáceos de las paredes que se cubrían de enredaderas ausentes de vida por un invierno en marcha. Cuando levanté la vista puede reconocer el café-restaurante que me habían mencionado. Me acerqué con la parsimonia de quien ignora que frente a sí se esconde la llave al secreto que está por revelarse. Me detuve en el instante en que subí el último pie en el andén frente al local que buscaba, “...*las bocas se encuentran y luchan tibiamente, mordiéndose con los labios, apoyando apenas la lengua en los dientes, jugando en sus recintos donde un aire pesado va y viene con un perfume viejo y un silencio...*” alcé la mirada donde se localizaba el rótulo del nombre de la calle que lo atraviesa... “*Entonces mis manos buscan hundirse en tu pelo, acariciar lentamente la profundidad de tu pelo mientras nos besamos como si tuviéramos la boca llena de flores o de peces, de movimientos vivos, de fragancia oscura...*” y veo que ese nombre se yuxtapone como jugando al cíclope con el nombre del café-restaurante que está inscrito en una placa en la puerta justo detrás... “*y si nos mordemos el dolor es dulce...*” Y leo muy bien el nombre de la calle... “*y si nos ahogamos en un breve y terrible absorber simultáneo del aliento, esa instantánea muerte es bella...*” Y ahora leo claramente que el nombre del café-restaurante es Rayuela, y que queda en la calle Julio Cortázar... “*y yo te siento temblar contra mí como una luna en el agua.*”

*Así sucedió, que a eso de la una
me escabullí para marcharme, era una derrota,
un retroceso al lobo estepario.*

Hermann Hesse

No todos somos alpinistas

A Catalina

Mi vecina es alpinista y por eso cree que puede estar trepándose las paredes de mi casa hasta llegar a la ventana que mantiene abierta en su apartamento en el tercer nivel. Yo le he dicho que no lo haga, que es muy peligroso, que de caerse hasta podría matarse, pero ella sigue olvidando sus llaves adentro de su casa con frecuencia.

Cuando me asomo a la ventana para observar el cielo despejado, o bien, cuando la abro para respirar aire fresco la sorprendo contorsionándose en el balcón para llegar a un nivel más arriba y lograr colarse por la abertura que siempre deja adrede. Siempre lo logra, por suerte.

La otra vez que nos vimos en la tienda de la esquina me dijo orgullosa:

—Sumercé, ¿sabe por dónde me colé la otra vez que olvidé las llaves y dejé cerrada la ventana principal?

—¿Por dónde, usted? —le pregunté haciendo un intento por imaginármelo pero a la vez dándome por vencido.

—En la ventanica del baño —respondió. Se trata de una diminuta ventana en la que creería imposible cupiera un gato.

En una ocasión me reuní con tres de mis mejores amigos en mi cuarto para ver “El Resplandor”, del director Stanley Kubrick. De pronto oímos los barrotes de la ventana sacudirse con vehemencia hasta asustarnos.

– ¡Putas vos!, ¿qué es ese sonido? – exclamó uno de ellos.

Yo les expliqué que era muy probable que mi vecina había dejado nuevamente las llaves adentro de su apartamento, que no se asustaran, que ella era una experta y que había realizado esa misma hazaña una infinidad de veces.

– ¡Putas, pero si se cae desde allí se podría matar! – expuso el más tímido.

– ¡Qué cabrona!, ¿Cómo lo hará? – comentó el tercero, que siempre se admira de pendejadas...

Pero a mí me quedó la curiosidad y un día en que me sentía vigoroso, sumamente motivado, decidí treparme por mis propios medios. Me coloqué unos zapatos tenis bien ajustados y me los amarré con doble nudo. Las puntas de las correas me las metí por los lados, entre la piel y el zapato, para no correr el riesgo que la cinta se enganchara en algún barrote. Me persigné de la manera abreviada y puse manos a la obra. Uno, dos, tres, y coloqué el pie derecho sobre el barrote en forma de horquilla. Uno, dos, tres, y subí mi mano derecha hasta lo más alto que pude con el impulso de mi pie izquierdo hasta sujetar otra horquilla. Uno, dos, tres; uno, dos, tres; uno, dos, tres, y fui subiendo con la dificultad que brindan unas veinte libras de más y un cuerpo cuyo único deporte que realiza es ir a la tienda a comprar cigarros.

Pero allí iba para arriba, hasta que me detuve por la

mitad del trayecto debido a un cansancio calcinante y una idea bastante realista: ¿cómo iba yo a entrar a mi casa si todas las ventanas tienen barrotes? Además, de ninguna manera quería molestar a la vecina yendo hasta su ventana con la tremenda estupidez de querer probarle que yo podía igualarla (a los treinta y cuatro años de edad estas actitudes solo son dignas de un loco). Así que comencé a descender muy despacio. Créanme cuando les digo que bajar es más difícil que subir. Se tiene una visión más reducida del panorama y los pies no resultan tan ágiles, tan cómodos, es casi como caminar hacia atrás. A dos metros de altura resbalé y caí hacia abajo sobre mi pie izquierdo.

—¡Mierda, me quebré! —grité asustado, y todo el vecindario salió para asistirme.

—¿Qué estaba haciendo allá arriba? —preguntó una vecina con preocupación en el rostro.

—Es que dejé las llaves adentro de mi casa y se me ocurrió treparme.

—Pero si sus ventanas tienen todas barrotes, ¿cómo pensaba entrar estando allá arriba? —preguntó el vecino de enfrente.

—Hemmmmmmm, pues pensaba treparme hasta el techo y ver si entraba por la parte trasera —respondí de inmediato: ¿por qué no dije la verdad?, ¿a caso está mal querer trepar la casa propia sin motivo alguno?

A este punto ya me estaba cansando de los interrogatorios y además sabía que no me había quebrado el pie (ya ni siquiera me dolía), el dolor se manifestaba más en el esternón, en la parte donde se aloja el ego.

—¿No quiere que lo llevemos al hospital para que lo revisen? —se ofreció la dueña de la tienda de la esquina.

—No gracias, llamaré a un mi tío que es doctor, no se preocupen, estoy bien.

—¿Esas que están allí tiradas no son sus llaves? —preguntó un desgraciado.

—Hemmmmm, no, esas no son mías —mentí. Sin duda se me habían salido de la bolsa del pantalón durante el tropiezo.

—¿De quién son, entonces, estas llaves? —preguntaba el infeliz en voz alta, y los presentes hacían muecas de idiotas confundidos.

—¿No son de nadie, entonces, estas llaves? Me las llevaré a mi casa, y si alguien sabe de alguna persona que perdió sus llaves me las puede ir a pedir con gusto —estuve a punto de aclararlo todo cuando de pronto alguien dijo:

—¡Son mías! —era mi vecina colombiana —Me las dejé botadas cuando fui a la tienda, gracias don Carlitos.

El vecindario volvió a la normalidad, no sin antes asistirme un puñado de ellos a ponerme de pie. Mi vecina se quedó un tiempo más haciéndome compañía mientras todos los vecinos se entraron a sus respectivas casas. Me devolvió las llaves y con un rostro risueño sentenció:

—No todos somos alpinistas.

*El amor es un golpe seco, callado, intenso.
Nos deshace en partículas a segundo por beso.
El amor no descansa, depredador maltrecho,
corazón todo bosque: es el lobo del cuento.*

Beatriz Villacañas

La ofrenda

Ayer decidí dibujarla. Es tal vez el octavo intento y no logro hacer que en algo se parezca a ese rostro de veinteañera de dulces facciones simétricas, confeccionado con el talento de una divinidad en su más puro estado de inspiración, que además hace reflexionar sobre la materialización más fidedigna de un poema que algún monje sagrado ideó en el mismo momento en que alcanzó el Nirvana. Por más que intente concentrarme en el amor que de cada detalle suyo le merezco, día con día (con todo y sus noches), y a pesar de los grandes progresos que he conseguido con respecto a la técnica de dibujar rostros, siempre le erro al menos por treinta años de más. La excepción tampoco quiso hacerse presente esta vez, así que tuve que darle vuelta a la página de mi cuaderno de viajes y mitigar mi decepción escribiendo palabras al reverso (son ellas las que me salvan en momentos de angustia).

Tampoco tuve suerte con la literatura porque las voces creativas se extraviaban en ese pedacito del infinito que está afuera de mi alcance. Ello me obligó a conformarme con media página de frases que ni develan secretos ni superan silencios. Entonces, para rellenar el espacio en blanco restante (algo así como para llenar el vacío de su indiferencia)

recurrí a la más antigua usanza de los garabatos.

Gracias a mi recorrido reciente por los pasillos del Museo Arqueológico de Sucre, dibujé una réplica del Dios Sol Inca, colocándole dos círculos como ojos, un triángulo como nariz, un rectángulo como las fauces del iluminado, y doce líneas dispares a su alrededor para representar la aureola radiante de sus cabellos lacios.

Hoy, ocho de noviembre del año dos mil diecisiete, como a las siete y cuarenta de la mañana, abrí mi cuaderno para observarla en cualquier imagen distinta de la que de ella se dibuja en mi memoria a cada instante (a veces queriendo, a veces sin querer) y encontré algo sorprendente sobre la hoja. Allí estaba su rostro avejentado, tal y como yo lo creé, pero en el sitio del corazón, haciendo su aparición como detrás de un sudario transparente, se asomaba ahora el Sol Inca dibujado al reverso de la hoja.

No me fue para nada complicado descifrar el enigma: Pasarán los años. Te alcanzarán. Llegarás a hacerte vieja. Y aún siendo una anciana hermosa, tu corazón seguirá brillando como un Sol ancestral. Para ello el Dios Inti habrá de requerir de tí, como sacrificio y ofrenda, una buena cantidad de corazones grandes e ilusos como el mío. Los conseguirás sin mover un dedo.

*El amor hallará su camino,
aunque sea a través de senderos por donde los lobos
no se atreverían a seguir a su presa.*

Lord Byron

Tacalito

A Ile

Ese día Isla estaba preocupada. Una carnosidad traslúcida, como un pulpo milimétrico, se alojaba atascado en el inmenso mar claro de su iris. Ese mismo día me lo contó. Me dijo que aquello no le molestaba en lo más mínimo, que lo que temía era que esa cosa continuara creciendo hasta hacerle perder la visibilidad. En el cielo la luna llena nos observaba cautelosa desde su escondite diurno. Esa misma noche iríamos a celebrarla en la Casa de la Cultura Ecuatoriana con percusión, danza y alabanzas cósmicas.

Al llegar al sitio acordado las nubes navegaban el oscuro espesor como esponjas flotantes; jugaban a bajarle el párpado al inmenso cíclope estelar quien luchaba por alejarlas con resoplidos de desgano.

Isla hablaba con alguien mientras yo bailaba sin reparo. Esa noche no duró mucho tiempo. Se esfumó como suele hacerlo la lluvia en los días soleados. Caminando de regreso hacia el hospedaje me mencionó que estaba segura que yo no iría a acreditar en lo que estaba por decirme. Y es que el tipo con quien la vi charlando le había dicho así de la nada que le tenía dos noticias, una buena y una mala, y que cuál prefería

primero. Ella jugó a lo seguro: se decantó primero por la mala noticia por aquello de quedarse con un mejor sabor de boca al final. El le dijo: te retorcerás del dolor... más bien, te arderán tanto las entrañas que desearás gritar y patear como energúmena. Y esos segundos de total desquicio te serán eternos... No podrás fingir calma ni sosiego aunque tu umbral de dolor se sitúe en la escala más alta... ¿Cuál era la buena? A fin de cuentas, la buena noticia era que esa carnosidad se conocía como Pterigión y que a él se le había quitado con una rigurosa aplicación de tres gotas de limón cada mañana durante dos meses y medio. Al día siguiente continuamos nuestro viaje hacia Baños de Agua Santa.

Dos o tres días después, cuando recorriamos con hambre el mercado principal (lo recuerdo como si fuera ayer) Isla me dio una recomendación infalible: para escoger un puesto de comida entre tantos otros se debe estar muy atento al aspecto de la cocinera, más específicamente, en su carácter y personalidad. Si se trata de una mujer de naturaleza entusiasta; es decir, si su evidente cualidad amable la hace acompañar con una reluciente sonrisa cálida, resaltando su humildad, de sus ollas y sartenes saldrán los mejores guisos y los más exuberantes platillos. Gracias al buen ojo de mi amiga (en sentido figurado) el Comedor Gloria tendría lo que buscábamos y aún más.

Nos sentamos y pedimos dos *Yaguarlocros*. A medio comer le pregunté si notaba alguna mejoría en su ojo. Como no supo contestar me acerqué a revisarla. En ese mismo instante la señora que nos había preparado ese almuerzo insuperable estaba allí junto a nosotros, de pie, con el atrevimiento de quien conoce del tema. Nos mencionó que un par de años atrás ella tenía una anomalía semejante que comenzaba a obstruirle la visión en ambos ojos. Que

sus hijos le habían hecho una cita con un especialista que le había dicho que al siguiente mes la tendrían que operar, pero que como ella odiaba esa palabra casi como odiaba su puesta en práctica, decidió seguir los consejos de una vecina. Así fue que antes de esa fecha del demonio, Doña Gloria vertía en un gotero el rocío que en las madrugadas acapara el delgado capullo que forma las hojas verdes de una planta local y lo aplicaba directamente a sus pequeños ojos redondos. En quince días se concretó el milagro y la carnosidad desapareció por completo.

—Esa planta se consigue en los campos a un costado del estadio —nos dijo—. Acá se le conoce como Tacalito. Es una enredadera y su capullo es bastante parecido al que envuelve a la uvilla, pero con una envoltura de más. Ya la van a ver. De la planta macho brota una flor pequeña de un tono púrpura reluciente...

Aprovechando las bicicletas que habíamos alquilado para conocer el Pailón del Diablo nos desviamos rumbo al estadio para intentar identificar y localizar el Tacalito y así recolectar el milagroso néctar curativo a la madrugada siguiente. Al no encontrar nada parecido a lo que doña Gloria nos había descrito proseguimos la travesía con una lluvia fina e invisible que parecía caer desde las viseras de los cascos protectores que portábamos. Cuando salimos del segundo túnel notamos que la llanta trasera de la bicicleta de Isla estaba totalmente desinflada, así que decidimos orillarnos esperando ser auxiliados debajo de las verticales laderas de barro que dejaban escapar esporádicas gotas gruesas desde sus poros.

Minutos más tarde un viajero solitario se detuvo y se encargó de la reparación con la ayuda de su equipo completo

que extrajo de una mochila adherida a su bicicleta. En vista que compartíamos el mismo destino continuó el viaje con nosotros.

Finalmente llegamos a la atracción turística más impresionante de la región, pero el hambre provocó un ligero cambio de planes y fuimos al encuentro de un restaurante que habíamos dejado escasos metros atrás. Al entrar nos dio la impresión de tratarse de un negocio en abandono, por ello lo recorrimos con sigilo intentando averiguar la pista que nos afirmara nuestra corazonada, o bien, la evidencia de lo contrario: el rechinado de una puerta, una voz dándonos la bienvenida, el olor de un guiso en su punto de ebullición...

En esas estábamos cuando alguien a mis espaldas gritó: “¡Guatemala!” ¿Quién en su sano juicio iría a anunciar de esa manera el nombre de mi país? Se trataba de mi amiga Isla (también paisana), quien, estupefacta por lo que miraban sus ojos a escasos metros de distancia, señalaba en la pared detrás del bar una de las cuatro botellas vacías esparcidas y espaciadas entre sí: la de Ron Zacapa Centenario, oriunda del departamento oriental que le aporta su nombre de marca. También me costó creerlo. Nos parecía que estábamos en la uña del mundo (nos encontrábamos realmente en su ombligo), ¿cómo podía ser posible, entonces, que dos viajeros guatemaltecos entraran a un restaurante ecuatoriano aparentemente abandonado, bastante humilde a decir verdad, y que allí dentro se exhibiera, entre otras cuatro, una botella del ron más caro ypreciado de nuestro país? Otra voz irrumpió por encima de nuestro asombro: “pueden pasar a sentarse, en un momento les atiendo”.

Ezequiel, un humilde campesino de edad avanzada que en su tiempo de descanso ayudaba a su novia Yolanda

a atender el negocio que le dejara a cargo un sobrino mientras realizaba un viaje de negocios, nos recibía de brazos abiertos. Lo único que podrían prepararnos era un caldo de gallina con vegetales y fideos chinos. Mientras esperábamos yo pensaba en la coincidencia de la botella de ron y comenzaba a convencerme de que se trataba de una señal. Pero ¿señal de qué, o para qué? Le pregunté si sabía acerca de su procedencia y él sólo pudo decir que la decoración del lugar la había hecho el sobrino de Yolanda. Segundos después de haberse retirado se me ocurrió preguntarle si sabía de una planta que acá se conocía como Tacalito y que servía para hacer curaciones de ojo. Entonces me levanté rápidamente de la silla y me fui para la cocina con imprudencia. “Disculpen”, vociferé hacia las sombras que pude distinguir del otro lado de la puerta que descansaba entreabierta, y les hice la pregunta a pesar de no escuchar respuesta. El rostro de una mujer apareció tímido del otro lado. Era Yolanda que me decía que esperara un momento, que sólo terminaba de preparar nuestros alimentos y luego de comerlos, con mucho gusto nos la iría a mostrar allá afuera.

Cuando regresé a la mesa emocionado me llevé otra grata sorpresa al escuchar la conversación de mis acompañantes. Ella le estaba contando a nuestro nuevo amigo Sebas todo lo referente al Pterigión, sin omitir el más mínimo detalle. Yo no perdí el tiempo para informales que después de comer conoceríamos por fin el aspecto de la planta sagrada.

Al salir nos condujeron a través de un pasto crecido trazado por la hendidura de remotas pisadas humanas. Un río turbio se revoloteaba en el fango a escasos metros de distancia, libre, como animal silvestre. Amarillas sábanas ondulaban en la plenitud del horizonte al compás del murmullo seco

de un viento sin tiempo. En trayectos dispersos se levantaba la milpa por encima de nuestras cabezas en clara alusión a un sin fin de batallas de gala en resguardo del rey sol... y así hasta quedar cada vez más convencido que la pobreza rural es más dichosa que la riqueza urbana.

El Tacalito se hizo de rogar, pero finalmente cedió a su escondite haciéndose cómplice de que lo bueno siempre tarda, porque lo que fácil llega fácil se va. Estábamos por fin contemplando su hermosura singular, intentando grabar de memoria los detalles que resaltaban a simple vista para adiestrar este sentido, el que procuraríamos mantener alerta en los próximos días para así ser capaces de divisar a distancia el peculiar remedio, sólo apto para tempraneros. Nos despedimos de la amable pareja entusiasmados por lo que acababa de sucedernos, por lo que se vendría a futuro, y porque a escasos minutos iríamos finalmente a presenciar la implacable hondonada rocosa que engulle desde su portentosa garganta una descomunal caída de agua endemoniada.

A la mañana siguiente, aun de madrugada, y después de un rápido baño en una de las aguas termales que le dan el nombre al pueblo, salimos al encuentro de Tacalito. Caminábamos por una pendiente pronunciada que nos dio la impresión de tratarse de un montículo piramidal edificado milenios atrás por manos humanas; invadido ahora por pequeñas casas de mal gusto por manos, aunque de la misma especie, infinitamente más torpes, las que además portaban una injusta aglomeración de alambre y púas que arremetían contra sus tiernas pieles de barro que lloraban sangre. Desde lo más alto observamos la entrada a un sendero que pronto supimos se trataba de un callejón sin salida, en cuyo fin se encontraban los restos de una

casa devorada por una vegetación gigante que desbordaba las paredes en sutil desenfreno, explayándose a su antojo con el poder de una erupción volcánica. En ese jardín que jugaba a colonizarlo todo se asomó la bella flor púrpura que buscábamos. Pero era imposible llegar a ella por las estrechas rejillas que cubrían todo el frente de la casa, las que tampoco podían treparse pues habríamos de esquivar los mortales filos gruesos que se suspendían como centinelas en lo alto. Al no encontrar una alternativa viable tuvimos que desertar.

A pesar de la desilusión, de regreso aún conservábamos intacta la esperanza de toparnos con Tacalito antes de que el sol evaporase su néctar. Los ladridos de un perro bravo nos alarmaron. Se trataba de una de esas bestias que descargan sus frustraciones en extraños sin siquiera olfatear el sabor de su sangre, y como nosotros no podíamos quedarnos inmóviles para atestiguar el descalabro corrimos por la primera avenida que se cruzó a nuestras espaldas hasta que no nos quedaron más fuerzas en las piernas. Tuvimos que detenernos a descansar a las orillas de un lote vacío. Y allí estaba de nuevo: como una reina que vistiera sus mejores galas, la planta mágica se embellecía con sus pétalos como lámparas encendidas y se trepaba de un magnífico encino que además le proporcionaba la sombra que necesitábamos. Isla no dudó en sacar el gotero recolectando de tres y hasta de cuatro capullos que guardaban el remedio y me pidió aplicarle las gotas en su ojo afectado. Decidimos celebrar el triunfo en el Comedor Gloria.

Al preguntar si habíamos encontrado el Tacalito y luego al enterarse de todo lo que habíamos pasado, Doña Gloria se lamentó muchísimo diciendo que cómo no habíamos pasado antes, pues ella pudo habernos acompañado para

facilitarnos las cosas, pero que de cualquier manera que bueno que ya teníamos las gotas para al menos dos o tres días, y que cómo te sentís, Mijita; y que ya verás que de aquí a dos semanas ya no tendrás nadita de nada en esos tus ojitos tan preciosos, Mi Vida; y que no se vayan a ir de Baños antes de que acabe tu tratamiento, Angelito; y que por qué no se quedan a vivir aquí, pues; y que de plano que tienen hambre... ¿qué van a desayunar, no se les antoja acaso un bolón de verde, unos huevos fritos, un loco?

Nos sentamos y seguimos haciéndolo durante una semana seguida sin fallar un solo día. A veces acudíamos también a la hora del almuerzo. Empecé a notar que entre ellas existía una conexión profundamente amorosa que pocas veces (tal vez en ninguna otra ocasión) había advertido en otras personas. Ahí tenía que haber algo más, algo así como un ingrediente secreto que se sumaba al simple hecho de compartir una misma dolencia. Cuando sus ojos se encontraban, la mirada de una se enternecía como si se vistiera de inocencia divina, la de la otra se adornaba de luz estelar: la más brillante que revolotea las noches sin luna. Me relegaban a un segundo plano muy a pesar mío (no tengo porqué negarlo, si a mí Gloria me recordaba a mi Nana a quien llevaba unos seis meses de no ver, e Isla encarnaba a una amiga entrañable, seguramente hasta la mejor de ellas); pero siendo yo un amante del amor, paré convenciéndome que más que lamentarme debía yo presenciario de cerca convirtiéndome en un ser receptivo, e intentar empaparme de esa gracia que el sentimiento más noble y prístino salpica en dirección de quien está dispuesto a recibirla.

El domingo nos dijo Gloria que llegaríamos a visitarla a su casa por la tarde porque nos prepararía un guiso. Nos invitó a pasar una niña bastante desenvuelta para sus siete

años aproximados, conduciéndonos por un oscuro pasadizo que se ensanchaba conforme lo atravesábamos. Mientras avanzábamos nos explicaba que su abuelita le había dicho que llegaríamos a verla, que ella acababa de regresar de la escuela y que por eso estaba vestida así, que su última clase había sido su favorita, Música, y que si queríamos y si su mamá le daba permiso, nos podía tocar una canción en su teclado nuevo...

—¿Dónde queda Guatemala? —preguntó abriendo la puerta principal...

Doña Gloria nos recibió con su delantal habitual y con su sonrisa ascendente. Nos hizo pasar a la cocina, sin duda porque era allí donde ella se sentía más a gusto. Nos sentamos en una pequeña banca de madera; súbitamente su nieta salió corriendo hasta perderse de vista. Estábamos sólo los tres cuando se sentó frente a nosotros, y tomando con sus manos las de Isla comenzó a decirle:

—Ay Preciosa, ¿tú cuántos años tienes?... Verás, Mi Vida, mi hija más pequeña tendría tu edad. Ella falleció hace tres años y no hay un día que pase que no la piense... ¿y sabes algo? se parecía tanto a tí que yo cuando te veo siento que eres ella; no sé cómo explicártelo.

Isla la abrazó fuertemente. Las dos comenzaron a llorar con zozobra y sin interrupción. De pronto caí en cuenta que mi amiga estaría igualmente afectada por todo esto, porque yo sabía que a la edad de dieciocho años ella había perdido a su mamá, y era sin duda una herida que aun sangraba (a decir verdad, era un tema que no se tocaba entre nosotros).

—Si quieres me puedes llamar Mamá —dijo Doña Gloria

con la típica dulzura que derrite a cualquiera, y continuó:

—¿Podría yo llamarte Isabel sólo por esta tarde?

Súbitamente comprendí que Tacalito no encarnaba únicamente el remedio de ese ojo que a mi amiga pronto le sanaría, sino que había funcionado también como un enlace entre dos almas que debían conocerse por la compatibilidad de sucesos que compartían. Luego mi corazón escarbó a mayores profundidades y siendo allí donde se obtienen las verdades más transparentes me convencí que madre e hija fallecidas, es decir, la mamá de Isla y la hija de Doña Gloria, habían unido sus fuerzas más allá de sus posibilidades para concretar este encuentro que en vez de tratarse únicamente de un encuentro entre dos personas, atendía a la amalgama de cuatro almas que se amaban más allá de la vida y de la muerte.

*El lobo es nuestro poder y nuestra fuerza, muchacho.
La licantropía no es una maldición, sino un don.*

Laura Gallego García

Un regalo del pasado

Era su primer atardecer en la Isla del Sol, en cuya cumbre —lo había predispuesto así— iría a presenciar ese apacible instante congelado en el ambiente, escenario de la mordaz batalla que se gesta entre el gigante de fauces gélidas, labios movedizos, ancas rocosas y tajantes ojos quebradizos como retazos de espejos, que desde su escondite razo acecha algunas veces expectante, otras sigiloso, pero a la misma hora tardía, a su temible rival: la colosal esfera dorada que así como se va acercando, así va desplegando fuego hasta rasgar la superficie transparente de la atmósfera, hiriéndola, arrojándole un candor que moja a chorros como sangre de volcán... Pero ¿qué hacer en aquél momento de paz que precede al combate? Matar el tiempo era la misión del hombre en lo alto de la cumbre, y precisamente eso haría antes de presenciar el atardecer.

Caminó hasta pararse de frente a la entrada sin puerta de una casa en donde un niño jugaba solo con un trompo de madera. Lo enrollaba con el cordón ya maltratado por el uso, lo arremetía contra el suelo con frenesí hasta hacerlo danzar sobre la tierra que despedía un polvo fino del puro asombro. Cuando éste se dio cuenta que aquel hombre lo observaba quiso emplear su mejor artimaña. Hizo girar

el pequeño artefacto con todas sus fuerzas y con la palma abierta de su mano diestra lo levantó del suelo con diestro ardid, pero el trompo se detuvo al instante.

El niño miró al hombre a los ojos mientras su mente elaboraba una excusa que rápidamente le compartió:

—Con mi antiguo trompo, uno que perdí hace varios años y que también era de madera, sólo que más grande y con la punta también de acero pero más larga, con ese hasta te lo hubiera podido pasar de mi mano y lo habría hecho bailar en la tuya.

Ante el entusiasmo del niño el hombre fingió su mejor cara de asombro asegurándole, satisfecho, que de cualquier manera había quedado impresionado a pesar de no tratarse de su antiguo juguete. Se despidió de manera cariñosa, casi paternal, y prosiguió su camino, la vista puesta en el horizonte rojo, donde allá a lo lejos un astro sucumbía una vez más ante las gélidas aguas del lago Titicaca a causa de su actitud narcisista.

Cuando la luna ya anclada en lo alto intentaba con enorme esfuerzo burlar a la noche, el hombre comenzó a descender el sendero hacia su refugio. Nadie sabe por qué, ni cómo, ni dónde, pero de repente detuvo sus pasos y dirigió su vista hacia un costado del suelo en donde un pequeño objeto parecía sobresalir en la penumbra, como una mancha en la obscuridad. Lo tomó con sus manos y acercándolo hacia la luz amarilla de una lámpara encendida comprobó que se trataba de un trompo más robusto que aquél, y que además tenía la punta de acero más larga. Apresuró sus pasos en dirección a la casa hasta encontrar al pequeño sentado en una grada, meditativo. Sin decir mayor cosa le regaló lo que

había encontrado tirado, y el niño, al no acreditar en lo que veían sus ojos ni en lo que palpaban sus manos, sostuvo una expresión exagerada de total asombro jamás antes vista por aquel hombre. ¿Fingía? Un niño no finge cuando se trata de temas tan importantes como jugar.

—¡José Manuel! —lo llamó su madre para que se entrara, se lavara los dientes y se acostara a dormir.

Antes de obedecer, el niño le guiñó el ojo al hombre y extendiéndole al mismo tiempo el pulgar de su mano diestra desapareció en la penumbra.

*Se derrama el misterio como un papel ajado,
atropellando nuestro circo de asombros,
todo el esperar castillos y brujas para salirnos
del cuerpo como buscando los ángeles,
los barriletes huidos,
esos interminables bosques de lobos y caperuzas,
esas casas de chocolate, de enanos y gigantes,
esos silencios de la siesta
en que uno cree volver al beso.*

Roberto Jorge Santoro

Cuento onírico

En la sala de estar de una estancia acomodada, un intelectual con dotes de místico hacía mención a su hermano y a dos de sus amigos más cercanos sobre la facilidad recientemente adquirida de identificar el momento preciso en que estaba soñando, y así manipular el sueño a su antojo. Fue puliendo la técnica meses atrás, luego de leer un libro de Carlos Castaneda, practicando paso a paso las recomendaciones del autor.

—En este último sueño que recuerdo me encontraba yo solo recorriendo una inmensa pradera africana mientras contemplaba un atardecer rojo que se derretía en el horizonte. La tarde era fresca, lo recuerdo muy bien, el viento fluía con tal soltura que hacía mecer de lado a lado el amarillo pasto que amortiguaba mis pasos. Yo caminaba con la plenitud del viajero que vive libre, que no se amedrenta ante lo desconocido. Todo lo contrario, observaba aquella vastedad que me abrazaba con el gozo propio de un niño que descubre un nuevo mundo de juguetes: los árboles que se erguían solos con sus ramas torcidas en busca de los cielos, como alejándose del calor de la tierra, como buscando la pasividad de lo alto y evitando las inclemencias de un mundo hostil y desalmado; el espesor de unas nubes

que se desplazaban con seguridad y firmeza, veloces, como si tuviesen poco tiempo para acudir a la cita del otro lado del mundo. Súbita y rigurosamente me detuve a analizar mi mano. Era esa la señal que había practicado para que mi conciencia tomara nota de que me encontraba bajo las garras de Morfeo. Entonces comencé a caminar más seguro, expectante ante las nuevas aventuras...

—Y éstas no tardaron en llegar —continuó. Comencé a sentir la tierra crujir bajo mis pies y en instantes percibí un rumor que con estrépito y atrevimiento se aproximaba tan abrumador como intenso. Una polvareda densa se levantaba allá a lo lejos, como el humo del hule cuando arde en llamas. Se trataba de una manada de búfalos que se dirigía hacia mí al galope. Guardé la calma y haciendo uso de la telepatía me comuniqué con el líder de la manada quien se postró a mi lado, a mi resguardo. Era un animal inmenso que bufaba con rudeza e impedía al resto a que se me acercase. Encaraba embistiendo el aire con sus poderosos cuernos grises y arqueados que a veces hacía impactar contra los más osados e inquietos para alejarlos. En ningún momento fui presa del miedo. Sabía que mi protector iría a salir victorioso y yo ileso. Se trataba del más robusto de todos los búfalos de la sabana. Era solo cuestión de tiempo para que los demás cediesen y se alejasen hacia otras laderas y así dejarme nuevamente en la soledad de mis pasos. Así lo hicieron. Se alejaron al trote hasta perderse de vista. Mi protector me hizo un gesto amistoso como sólo los búfalos puede hacer y yo le respondí con un ademán respetuoso seguido de una sonrisa de gratitud mientras le daba una palmada en el lomo. Así continué mi camino.

—Interesante —le dijo su hermano al intuir que su sueño acababa de esta manera—. Pero, ¿qué pasó después? ¿No

lograste seguir descubriendo nuevas experiencias en el sueño?

—¡Exacto! —exclamó uno de sus amigos—. Eso mismo iba yo a preguntar. Porque si luego de manipular el sueño no pasó nada que valga la pena contarse, ¿qué sentido tiene entonces controlarlo de esa manera?

—A mí lo que me emociona —contestó—, es tener la certeza de que estoy soñando. El hecho de sentir que uno está consciente de que es un sueño te da un no sé qué, quizás un placer nunca antes experimentado, un disfrute mágico, y, ¿por qué no decirlo?, un cierto poder al saber que puedes viajar por mundos paralelos manipulados a tu placer y antojo, ¿no lo creen?

El intelectual observó a sus oyentes para indagar en sus rostros algún signo de aprobación, pero algo más llamó su atención. Notó que precisamente uno de ellos se trataba de alguien a quien jamás había visto en su vida, un completo desconocido quien al verse descubierto soltó una carcajada burlesca con ademanes endemoníacos. Este gesto lo aterró tanto que por fin despertó. Se encontraba acostado en su cama, boca abajo, a plena siesta de domingo, consciente de haber sido burlado de nuevo.

*Un lobo con piel de cordero, dice el paisano.
Eso es lo que es.*

James Joyce

Un problema de identidad

Sobre la copa de un árbol frondoso vivía una hoja que parecía imitar el enérgico paseo de las aves por los aires. Sus dos extremos eran como dos largas alas que el viento mecía sin cesar a un ritmo veloz, como si estuviera diseñada para viajar largas distancias. Se trataba de la hoja más alta, la más robusta a pesar de su levedad, y la más hermosa de todas las que habitaban dentro de un rango de mil metros a la redonda. Por esto y por lo otro le admiraban y le odiaba sus iguales, quienes como se habrá imaginado el lector se sentían tan diferentes a ella. Las que la admiraban decían:

—¡Qué esplendorosos movimientos!

—¡Cuánta gracia y ritmo posee!

—¡Qué manera tan elocuente de dejarse llevar por el viento!

—¡Cuando grande quisiera asemejarme siquiera en su altivez! —dijo por fin la más joven de todas.

Las que no tenían paz en sus corazones y la odiaban, decían lo siguiente:

—¡Es tal su demencia que se hace pasar por ave cuando todas aquí sabemos que se trata de una simple hoja!

—Yo lo que creo es que por el hecho de haber nacido allá en la cima del cielo se le han subido los aires de presunción; de haber tenido distinta fortuna, distinto sería también su accionar, quizás hasta se comportaría con la humildad que nos caracteriza a nosotras.

Así se la pasaban todas murmurando y sus opiniones se desvanecían con el rugir del invierno.

¿Pero qué pasaba por la cabeza de nuestra hermosa hoja? Un único pensamiento inundaba su mente: ella quería ser ave. Cuando levantaba la vista y observaba a uno de esos intrépidos planeadores, se acongojaba; los veía tan sueltos y libres, tan audaces y ágiles, tan dignos de todo aquello que rasga lo Celestial, que al compararse se percibía tan torpe como una comadreja en asuntos de caza. Al enfocarse en sus limitantes caía de nuevo en cuenta que esa estupenda gloria de volar le sería vedada para siempre. Entonces comenzaba a renegar de su existencia prorrumpiendo en un llanto silencioso, dejando caer unas lágrimas apenas perceptibles para las demás, quienes las confundían con una tenue brisa del océano. Así permanecía silenciosa y triste por interminables horas... pero cuando retomaba las fuerzas, gracias a un prolongado descanso, intentaba desprenderse del tallo que la aprisionaba con desesperados movimientos sin conseguirlo. A pesar de sus enormes sacrificios permanecía anclada a su orígenes, no dejaba de ser hoja para convertirse en ave y recaía en la depresión...

Pero un día sucedió lo inesperado. El viento agitó con frenesí todo lo que salía a su paso con la fuerza de un gigante que está consiente de su vigor, y la hoja voló alto, muy alto y sin control, pero al cabo de unos segundos logró mantener el equilibrio haciendo uso de sus extremos, los

que desde los valles parecían las alas de un cóndor andino. Nunca se había sentido tan ágil y llena de vida, tan dueña de su cuerpo y de su espíritu. Y era tan así, que le guiñaba el ojo a las golondrinas; saludaba con deferencia a los halcones; comparaba su vuelo con el de las gaviotas; y le dedicaba muecas de compadrazgo a los gavilanes. Pero luego de unos minutos de planear y perder altura comenzó un descenso constante hasta que cayó al suelo, donde se fue secando y secando hasta morir de deshidratación en cuestión de un par de días, a falta de permanecer anclada a su rama.

Muchos de los colegas que presenciaron su vuelo— estrictamente aquellos que la admiraban— decían que nunca habían visto algo parecido, que aquel viaje había sido épico y heroico, idéntico al de las aves más adiestradas que surcan los cielos. Quienes odiaban sus habilidades pregonaba que fue su arrogancia, y quizás también su inconformismo, lo que la condujo a un final tan dramático y a una vida breve. Por más de una semana y media ninguna hoja de ese árbol se dejó arrastrar por el viento, todas ellas se sujetaron empleando fuerzas sobre-herváticas para permanecer en su sitio...

En un día no tan lejano a aquél, precisamente en aquel árbol frondoso, se postró una robusta águila real con aire sereno. Sin embargo, su semblante no concordaba con sus pensamientos, pues algo inimaginable pasaba por su mente: a fuerza de sobrevolar los aires por interminables horas en búsqueda de sus sagrados alimentos, y al no divisar más que dos o tres diminutas lombrices que únicamente sirvieron para alborotar aun más sus tripas inquietas, la imponente ave se planteaba la posibilidad de ser una hoja. Al hacerlo veía los grandes beneficios de convertirse en uno de esos seres verdes que se valen de sus raíces para alimentarse,

arguyendo que de esa manera podría emplearse todo el santo día y la santa noche para descansar, y dejarse mecer por el viento, y tomar baños de sol o de lluvia según fuera el caso.

Homo homini lupus.

Proberbio latino

El lobo del hombre

A Ani y a Milu

“Según dicen, el hombre es el lobo del hombre. Pero ningún lobo mata nunca a otro lobo. Ellos no están dedicados, como nosotros, al exterminio mutuo. Tienen mala fama los lobos, pero no son ellos quienes están convirtiendo el mundo en un inmenso manicomio y un muy poblado cementerio.”

Cerré el libro y lo devolví a la librera de la casa de mi amiga Milu intrigado en lo que pudo haberme querido decir El Cazador de Historias en aquél momento de confusión. No era la primera vez que acudía a uno de ellos en estado de desesperación buscando una oración tranquilizadora o más aún, la frase certera que me entregara la pieza del rompecabezas para resolver el enigma en el momento preciso. Un par de días atrás había llegado yo a Rosario para darle una sorpresa a mis dos amigas, Milva y Ana Clara. Decidí pasar la noche en un hostel situado sobre el animado Bulevar Nicasio Oroño. En la habitación compartida conocí a un argentino bastante peculiar de aproximadamente sesenta y cinco años de edad.

—Mucho gusto, mi nombre es Lázaro —dije extendiéndole la mano.

—¡El mejor amigo de Jesús!, ¡Levántate Lázaro!... Mi nombre es Rodolfo, y al igual que el tuyo también tiene su historia, en alemán significa lobo con gloria.

—¡Qué curioso, mi apellido también significa lobo, y es alemán!

—¿Lo ves? Demasiadas cosas en común, nos llevaremos bien, ya verás.

Esa noche soñé a mi padre. ¿Cuándo habría sido la última vez que sucedió algo así? ¿Años tal vez?... Al fondo de ese gran patio trasero que tantas veces recorrí en mi infancia a través del monte crecido con diligencia de cazador, empeñado en atrapar lagartijas o insectos, pude distinguir la silueta de un hombre acariciando a un perro. Al acercarme pude reconocer a mi padre quien con las más dulces caricias le hacía entrega del rinconcito de su alma exclusivamente reservado al pastor alemán que tanta alegría nos regalaba a diario en aquellos tiempos distantes. Alargué mi mano para imitarlo como queriéndome unir a ese ritual que tal vez no aceptaría intrusos. De pronto me vi compartiendo ese mismo amor que —lo sabía desde lo más profundo de mí— igualaba en intensidad al que yo sentía por Curly. Mi padre levantó su cabeza, buscó mis ojos con los suyos y me sonrió con complicidad y aprobación. ¿Cómo no iba yo a despertarme de buena gana al día siguiente si mi relación con él no se encontraba en los mejores términos entonces?

Durante la mañana Rodolfo y yo desayunamos juntos. Me preguntó lo que haría durante el día. Entonces comencé a contarle que estaba allí para reencontrarme con dos amigas a las que conocí en mi paso por Colombia y a quienes planeaba sorprender de algún modo, pero que todavía no se me había ocurrido cómo, que si quería y podía pues que no estaría nada mal pasar un tiempo juntos. Le pareció

un idea estupenda así que se ofreció para orientarme por aquella ciudad a la que dijo conocer como a la palma de su mano (no sin antes dejar en claro que por buena suerte los entrenamientos de gimnasia olímpica que debía impartir estaban agendados para la tarde).

Salimos a caminar hacia el Parque de la Independencia. Como me hizo notar que había percibido una mejoría en mi ánimo creí oportuno narrarle mi sueño...

—¿Entonces, las cosas con tu padre en la actualidad no marchan tan bien que digamos, no es así?

—Pasa que ya llevo casi diez meses viajando, desconectado de mi familia... En realidad con mi madre me comunico un poco más, con él estamos distanciados incluso antes de que empecé mi travesía.

—Che, ahora que nos estamos sincerando acá en este paseo al aire libre (allí dentro las paredes hablan, ino sabés cuánto, che!) te tengo que decir que yo no estoy aquí por laburo ni nada de eso. Vengo desde la Patagonia a intentar remendar mi situación con mi único hijo. Cuando su madre y yo nos separamos él todavía era una cría y le habló boludeces de mí, además de negarme las visitas. Ahora que tengo una enfermedad terminal quiero por lo menos hacer un último intento, iche, te podés imaginar el dolor tan grande que siento! —me pareció a mí que esta última frase se la destinaba a ese Dios culpable de sus males y a quien le tenía un rencor irrevocable. Sus ojos no conseguían ocultar la tristeza debajo de esa fina capa transparente que los cubría.

—Y una cosa más te digo, ¿eh? Acercate a tu viejo, che. Llamalo, porque después puede ser demasiado tarde.

Y así charlamos de otro puñado de cosas que poco merecen la pena citarse en este relato. Lo ayudé a enviarme una sugerencia de amistad de *facebook* por si ya no nos veríamos de nuevo (él se cambiaría a un hostel más barato cuyo dueño no era argentino: me aseguró que entre argentinos no se tragaban).

Tomé un rumbo sin destino, guiado tal vez únicamente por aquellas calles que desde lejos me hacían guiños. Y ahí se asomaban los cafés con elegantes ventanas lustrosas presumiendo su porte interior, su rústico amueblado, su lujoso equipamiento italiano, las flores como colorido confeti, y esas enredaderas que buscaban escaparse de sus nidos de tierra trepándose por los avejentados ladrillos que se conducían hacia lo alto, allá donde los balcones y las copiosas ramas de robustos árboles danzantes se desvivían en milongas luminosas. Llegué hasta ese robusto río que serpentea el valle con el sigilo y la destreza de un caimán detrás de su presa. Me senté a contemplarlo como aquél que busca las respuestas más profundas entre la naturaleza, y encontré la paz en el intenso silencio que habita la mente cuando se libera de los pensamientos obsesivos. “Les escribiré para contarles que ya estoy en su ciudad”, pensé al fin.

Entrada la noche llegué al hostel y me dirigí al único computador habilitado para los huéspedes. Al verlo disponible aproveché a escribirle a Ani que aunque no me creyera, me encontraba muy cerca, quizás hasta a una distancia tan insignificante que de yo salir a mi balcón y ella al suyo podríamos contar los pasos que nos separaban. Esperé respuesta y nada. En eso vi que en la solicitud enviada por Rodolfo Cornelio había un mensaje que decía:

—¿Lograste reunirte con tus amigas, eh, Tigre? Me gustaría verte mañana por la mañana, como a eso de las nueve y media. Mismo parque, misma banca... te queda?
—En su foto de perfil un enorme lobo gris mostraba su lado más feroz queriendo irrumpir el cuadro bidimensional que lo aprisionaba.

Por la mañana ellas ya habían respondido. Ana Clara dijo, tan incrédula como emocionada, que me irían a buscar a eso del medio día y que podía quedarme las noches que quisiera en la casa de Milu, por ser la más céntrica de las dos residencias. Esa mañana me volví a reunir con mi nuevo amigo. Su semblante había decaído de tal manera que se me hizo difícil reconocer al hombre que hacía dos noches me exhortaba a hablarle a mi padre.

—Hablé con mi hijo. Viene de viaje el jueves. El viernes por la noche iremos a tomar y a comer algo, pero a mí me está saliendo muy caro eso de andar pagando hospedaje todos los días, y la comida... y ya no sé cómo me va a alcanzar la guita que me queda. ¿Y si la charla con él se alarga? ¿Y si me toca pagar mi parte de la cena? Yo no quiero que piense que soy un fracasado. Hasta quisiera invitarlo para que mire que su viejo es un buen tipo... Dale, Lázaro, haceme el favor de prestarme siquiera cuatrocientos mangos que yo te los pago en seguida, Che. ¿Sabés qué? Yo trabajo para el Estado, y es por eso que los viajes en Trenes Argentinos me salen gratis a mí y a un acompañante. Vos vas a seguir tu viaje por tierra, ¿no? Pues veinticuatro horas antes me llamás — acá te anoto mi número de celular, mirá— y yo te consigo el billete de transporte, me reporto ausente a última hora y vos viajás solo, así lo vamos descontando hasta pagarte todo completo.

Le expliqué que yo era un mochilero que viajaba con unos ahorros bastante limitados, que luego de Argentina iría para Bolivia y luego a Perú, y que aún no había pagado mi boleto de avión de regreso a Guatemala. Pero como también era cierto que me acababa de enterar que no tendría que pagar hospedaje al menos durante una semana, y porque sospechaba que también recibiría comida a cambio de trabajo en el negocio de productos orgánicos que no hacía mucho tiempo mis amigas habían emprendido, y, principalmente porque aquél hombre y su historia habían ablandado mi corazón, titubí y terminé prestándole el dinero...

Ana y Milu llegaron por mí al lugar indicado a la hora acordada. Nos costó trabajo creer que la realidad puede llegar a tener los mismos matices que tienen los sueños, y que esas sensaciones intensamente bruscas que en éstos nos obligan a despertar de un golpe repentino, abstrayéndonos de ese estado soñoliento, son también propias de ciertos acontecimientos reales, los que nos obligan a sucumbir ante el asombro trasladándonos a un estado hipnótico tan apartado éste de la propia vigilia.

Condujeron camino a la casa de Milu que quedaba a tan solo cuatro cuadras de mi hostel. Me dejarían allí durante la tarde pues debían atender un compromiso importante para luego cenar juntos los tres. Pero antes quise compartirles mis tribulaciones haciéndoles un resumen detallado de lo que estaba viviendo con aquél desconocido.

—¡Alejate de él, es un chanta, y ovidate de tu gita! ¡Cómo se atreve a estafar a un turista! Mucho cuidado, ¿eh, Guate? ¡Y ni se te ocurra decirle dónde te estás quedando, que vos sos muy ingenuo, amigo! —espetó Milu con su personalidad

de abuela robusta.

—Sí, Guate, amigo, cuidado, tipos como él abundan en Argentina —dijo Aní conmovida.

El pequeño apartamento quedaba en el cuarto nivel. Tenía dos habitaciones, un cuarto de baño compartido, una cocina larga pero estrecha, y en el espacio más amplio descansaba el comedor y una sala de estar que conducía a un pequeño balcón con abundantes plantas ornamentales. Detrás de la mesa de comedor estaba la librera desde donde El Cazador de Historias me impelaba a acercarme con sutiles fuerzas de atracción (de eso no tengo duda). Así es que tomé el libro de Galeano, lo abrí al azar y allí apareció el texto titulado Calumnias: *“Según dicen, el hombre es el lobo del hombre. Pero ningún lobo mata nunca a otro lobo. Ellos no están dedicados, como nosotros, al exterminio mutuo. Tienen mala fama los lobos, pero no son ellos quienes están convirtiendo el mundo en un inmenso manicomio y un muy poblado cementerio.”*

¿Era verdad todo lo que Rodolfo me había contado? ¿A caso se trataba de una especie de chantaje perfectamente elaborado y del cual yo no era su primera víctima? Pero de ser así, ¿cómo entonces se las había ingeniado para que el significado de su nombre coincidiera con el de mi apellido? ¿A caso tenía algún poder o una técnica capaz de inducir los sueños y consiguió manipular los míos aquella noche de tal manera que haya llegado yo a soñar a mi padre para que luego él, al día siguiente, pudiera venir a contarme toda esa pantomima de su hijo y así hacerme sentir lástima por él? ¿Tan retorcido puede llegar a ser un individuo? ¿Tan feroz? ¿Tan lobo? O mejor dicho, ¿tan hombre?

Devolví el libro a su lugar mientras mi mente se inundaba de más dudas y de más respuestas, algunas de ellas complementarias, otras contradictorias, otras fugaces como las estrellas que se caen, otras tantas se atoraban en el medio del panorama que de tanto bulto lo hacía verse sucio y opaco como un lobo gris.

Me dirigí a mi nueva cama. Me recosté. Cerré los ojos. Me quedé dormido (¿por cuánto tiempo?, no lo sé). Pero sonó mi celular para quebrar esa paz que tanto tiempo me había costado alcanzar. ¿Quién podía ser? Se trataba de un mensaje en el messenger. Era Rodolfo Cornelio. ¿Lo abro, no lo abro? ¿Qué hago? ¿Por qué siempre gana la curiosidad? “¿Cómo te fue con las pibas, Che? Che, ¿tenés un tiempito mañana por la mañana, misma hora, mismo parque, misma banca? Necesito tu apoyo, tus consejos... qué se yo, que me ayudés a pensar qué le diré a mi hijo. ¿Qué decís? Por favor Tigre.” Hubiera preferido no leerlo, ¿qué decirle ahora que ya sabe que vi el mensaje?

Se me ocurrió escribirle que lamentablemente no podía reunirme con él sino hasta la otra semana pues comenzaría de inmediato a ayudar a las chicas en su *laburo* (ya se me habían pegado algunos argentinismos). Preguntó que cómo me estaban tratando, que dónde quedaba la casa, que tuviera cuidado porque las rosarinas además de ser las más hermosas son de las más aventadas, que si alguna de ellas tenía novio que no fuera a ser tan *boludo* de jugarle la vuelta para evitar así que se arme un *quilombo*. Le agradecí los consejos, le dije que me estaba quedando cerca pero que no me había fijado en la dirección y que ellas en ese momento no se encontraban en casa como para averiguarla, que disculpara, que me metería al baño a ducharme y luego haría una siesta, y que mejor habláramos luego.

Los días siguientes, tal y como se lo mencioné por mensaje, fueron bastante cargados de trabajo. Y no sólo eso, sino que los momentos de ocio se fueron también llenando de un sinnúmero de elementos que involucraban actividades, personas, lugares, aromas, colores, sabores, absolutamente todo, y todo tan diverso y tan familiar a la vez, que de a poco Rosario me fue tomando por sorpresa. La abuela Tana y sus ocurrencias a la hora de los almuerzos en Poroto Santo, los paseos en moto con Milu en su Honda 150cc, Sandra y los *picados* futboleros con sus hijos y sobrinos, los asados nocturnos, la danza africana integrada por toda esa gente linda tan unida como una gran familia (la mejor familia de Rosario, sin duda), las clases de percusión, las salidas en esa bicicleta amarilla que amablemente me prestó Jero, el novio de Ana (sí, tenían novio las dos y yo no buscaba más que cultivar la inmensa amistad que por ellas siento), Pilar y las lecturas del Tarot de Marcella, los atardeceres tomando mate a orillas del Río Paraná (el enorme caimán sigiloso), el Clásico rosarino (el más apasionante del país), la ciudad natal del mejor futbolista que haya visto la Historia de este mundo, los cafés, los parques, los cursos de medicina Kallawayá, las risas, la alegría... Rosario lo tenía todo y me lo hacía entrega con una guinda en el pastel: ese ingrediente de intriga que estaba viviendo con Rodolfo Cornelio y que casi casi dejó en suspenso por no responder nunca a sus insistentes intentos de contactarme.

Pero un día, luego de un par de semanas, caminando por el Bulevar Nicasio Oroño, lo vi sentado en una banca y me le acerqué. A pesar que lo saludé con efusividad no percibí ninguna muestra de asombro de su parte. Me dijo que su reunión con su hijo había sido satisfactoria (su expresión no daba muestras de tal). Que se había prolongado unas cuatro

horas. Que le había dicho todo cuanto había querido decirle pero que su hijo se mostró parco, incrédulo y distante en todo momento. Que no le quedaba más por hacer en aquella ciudad. Que la muerte podría llegarle en cualquier momento y que nada había quedado inconcluso de su parte. Que quizás habría querido que las cosas se dieran de otra manera pero que al menos se había desahogado... Sobre el dinero que me debía no hablamos.

Me despedí porque tuve la impresión de que quería estar solo. Al comenzar a retirarme me voltié para proponerle que nos viéramos antes de su partida. Asintió con la cabeza sin pronunciar palabra. Caminé pensativo durante varios minutos. No podía asegurar si todo lo que me había dicho tenía sustancia o si se trataba de una gran mentira. Divagué tanto que crucé la avenida Estanislao López hasta sentarme a orillas del gran río. Agarré el teléfono que me había prestado Ana Clara, busqué el número de mi padre en mi libreta de anotaciones y lo llamé. ¡Apagado! Intenté varias veces y lo mismo. Dejé correr algunos minutos como para darle tiempo a que llegara a su destino y descendiera de su moto, encendiera su celular, viera en su pantalla el registro de las llamadas perdidas y me llamara de vuelta. Nada. Entonces, afligido, llamé a mi hermano.

Mi padre se encontraba de vacaciones en México con un grupo de amigos motoristas. Una noche comenzó a sentir intensos dolores en el vientre, el que además comenzó a hincharse. Se dirigió al hospital más cercano. Cuando realizaron las pruebas le detectaron la vesícula distendida por la presencia de enormes cálculos biliares. Lo internaron de inmediato. Procedieron a extirpársela quirúrgicamente obligándolo a permanecer en el hospital un par de días. Cuando yo lo llamé habrían estado operándolo, por eso su

celular estaba apagado. Mi hermano sabía poco de lo que estaba sucediendo allá en Veracruz, por lo que prometió llamarme al nomás tener noticias precisas.

Inmediatamente pensé en Rodolfo, en que tenía razón todo este tiempo cuando insistía en que me acercara a mi viejo. ¿Y si ya era demasiado tarde? Me invadía una angustia tan grande como el caimán sigiloso que frente a mí amenazaba con devorarme. Mis piernas, como con mente propia, ligeras, comenzaron a andar en la misma dirección desde donde había venido, queriendo quizá regresar a aquella banca en donde lo habían visto mis ojos por última vez, para que mis labios se animaran a contarle lo que me sucedía, quizás buscando reciprocidad: ese apoyo que fui para él lo quería ahora para mí. Pero no estaba. Ver la banca vacía fue para mis ojos lo mismo que para mis piernas, brazos, cabeza y pecho, una macabra desolación.

Entonces busqué en mi billetera el pequeño papel que me había entregado en donde me había anotado su número de teléfono. Cuando comencé a marcarlo me fijé en algo absolutamente familiar. Los últimos cuatro dígitos de su número coincidían perfectamente con los últimos cuatro dígitos de mi número de pasaporte. A pesar de sonar y sonar, nadie contestó. Tuve curiosidad de averiguar más sobre Rodolfo Cornelio y comencé a indagar en su perfil de *facebook*. ¿Quiénes serán sus amigos? ¿qué posts recientes habrá hecho? Me sorprendió ver que no tenía amigos, ni fotos personales, ni posts recientes, ni mucho menos antiguos, debido a que el perfil había sido abierto recientemente sin mostrar actividad alguna desde su apertura. Del otro lado de la pantalla me observaba el rostro silencioso de aquel temible lobo gris haciendo alarde de sus colmillos de marfil que se amarraban unos a otros debajo

de una ensilla robusta, colorada, como salpicada en sangre; y de su nariz, que se inundaba en surcos desde la negrura puntiaguda que brillaba en el borde hasta aterrizar en esos ojos calcinantes y coléricos que como arpones desafiantes me invitaban a alejarme.

Decidí no averiguar más y di por perdido el dinero que a fin de cuentas no era mayor cosa. Un par de días después obtuve noticias de mi padre. El intrépido (bien podría cambiar este calificativo por necio o algo más grave), contrario a las recomendaciones del doctor, decidió continuar el viaje de regreso a casa en motocicleta. Finalmente pude contactarlo. Me relató su pesadilla con buena cantidad de detalles, muchos de los cuales —llegué incluso a pensar— venían acompañados de una pizca de exageración. El ánimo en su voz me dio a mí los ánimos para seguir mi aventura, además de unas fuertes ansias que se aplacarían a mi regreso, cuando nos diéramos ese abrazo que ambos nos merecíamos. Estuve un mes más en Rosario arropado de gente magnífica que me hacía sentir en casa a cada momento.

Mi conclusión a todo esto es que alguien había fijado su mirada en mí como a una presa a campo abierto a través de un largavistas vigilando cada uno de mis pasos con la paciencia de un francotirador. Se apresuró a tomar el arma que descansaba sobre el suelo, cerca de su bota beige, y con su potente visor, fijando mi silueta en la mira, aguantó la respiración a fondo. En ese preciso momento en que el gatillo alcanza su punto más álgido, mientras exhalaba todo el aire comprimido que guardaba en sus pulmones, oprimió el dedo índice sin cerrar los ojos: el Cazador de Historias había acertado de nuevo.

*Quien es odiado por el pueblo como el lobo por los
perros es el espíritu libre y soberano, enemigo de todas
las bajezas y de todo adorar, que vive en el bosque.*

Friedrich Nietzsche

AFORISMOS Y ADENTRISMOS



El pensamiento es la base del raciocinio y con frecuencia la piedra angular de la irracionalidad.



Un individuo inteligente corre el riesgo de ser audaz hasta para engañarse a sí mismo.



A lo largo de mi vida mis capacidades para sentir han superado las que poseo para pensar, no lo sé, pero siento que es mejor así.



Un Ser Humano que no cuestiona su ser, su entorno, es un fantasma, un ser inerte que se arrastra con los soplos tenues del viento y se disuelve como ceniza ante los ventarrones.



A cada uno de nosotros nos suceden dos o tres milagros por día, si no los podemos ver es porque le estamos otorgando demasiado poder a la mente.



Existo cuando dejo de pensar.



El siguiente Gran Filósofo deberá encargarse de despejar el área de los cimientos del pensamiento común que ahora guarda los escombros de las antiguas y obsoletas edificaciones derribadas por quien se hacía llamar El Filósofo del Martillo: el Gran Federico Nietzsche. Este nuevo Gran Filósofo deberá conformarse, a pesar del invaluable legado que le estará dejando a la humanidad, con pasar a la historia, nada más y nada menos, que como El Filósofo de la Escoba.

SOBRE LOS SUEÑOS Y EL ÉXITO



El éxito debe medirse con respecto a la manera de vivir de cada cual. Es tan subjetivo que puede ser tan diverso como las hay conciencias en el mundo entero. Cometemos un grave error al relacionarlo directamente con la obtención de dinero, o con la acumulación de bienes materiales, pues confundimos a la mayoría de la sociedad alejándola de sus verdaderos propósitos. Los seres humanos están tan hambrientos de reconocimientos como lo están de los alimentos luego de un prolongado ayuno, por lo que si se les ofrece una palmada en la espalda al momento de alcanzar cierto estatus social la preferirán a costa de vivir sus propias vidas, aunque luego paguen el alto precio de convertirse en mediocres con alto poder adquisitivo.



En la comparación se escapa el sabor de la originalidad.



Le temo tanto al éxito porque estoy tan familiarizado con el fracaso que cualquier movimiento en falso que me haga caer a ese estado tan desconocido, me saca de mi zona de confort.



Más importante que perseguir y alcanzar sueños trazados es la percepción pasiva y consciente de las maravillas que este planeta y los astros cercanos se empeñan en mostrarnos día con día, a todas horas, a través de todos nuestros sentidos.



Siempre supe ser niño. Durante mi infancia siempre estuve a gusto conmigo mismo en el papel de personita curiosa, nada cauta, que sueña con batallas épicas desarrollarse dentro de las nubes, justo por donde atraviesan las golondrinas. Soñaban alto, y celebraba también cuando esos sueños se derrumbaban en mis narices; también cuando se eclipsaban hasta hacerse inalcanzables y grandiosos, como cuando un globo de helio se va alejando en las alturas hasta desaparecer de nuestra vista, haciéndonos creer, satisfechos, que llegará hasta Marte, Venus o Saturno y que aterrizará sin reventarse. Cuando llegué a una edad adulta alguien alguna vez me dijo que los sueños había que alcanzarlos, y yo le creí. De inmediato sentí como si un mazazo golpeará el suelo en que me sostenía, haciéndolo tambalear sin detenerse. Así que me dediqué a elaborar sueños con altísima probabilidad de concretarse. Mas cuando así lo hacía, cuando llegaba a alcanzarlos, quedaba siempre un vacío profundo tan grande como un sol joven. Y conforme trazaba más y más metas, naturalmente dejaba de lado algunas de ellas. Y conforme éstas se fueron quedando desatendidas, iban cada una de ellas cobrándome una factura enorme cuyo precio era una porción del fracaso. Y con las que concretaba, no importando cuántas de ellas fuesen, sentía una satisfacción tan insignificante como la marca o cheque en rojo que sobre el papel trazaba a lado de su descripción. Así es que para mí,

desde que crecí, la vida dejó de tener el dulce sabor a chicle que entonces sentía y comenzó a amargarse tanto como el café. Y a pesar de que he aprendido a sentirle el gusto al café (y ahora que lo pienso, el sabor del chicle ha perdido para mí su encanto), si lo comparo con el recuerdo del sabor de mi infancia, no puedo más que echarme a llorar y suplicarle a la vida que de viejo me deje ser tan niño como lo es mi abuelo ahora.

SOBRE EL DESTINO



Uno logra lo que se propone cuando lo propuesto es lo adecuado.



Nadie podrá evitar que se encuentren quienes tengan que encontrarse, quienes tenían que hacerlo ya lo hicieron.



El destino es el destino y aunque quisiéramos esquivarlo éste sagazmente nos espera al final del callejón sin salida que escogemos como nuestro fallido plan de escape.



Frecuentemente olvidamos que una inmensa porción de lo que somos se debe de manera exclusiva a la suerte, o bien, a la carencia de ella; según sea el caso.



Dichosos los que conozcan otras tierras porque de ellos serán las aventuras de este mundo.



Echenle la culpa a la naturaleza por mis actos pues no consigo hacer nada que no sea de manera natural.



Si les atribuimos a otros nuestras desgracias les estamos entregando también el timonel de nuestro navío.

SOBRE LOS POLÍTICOS



A mi modo de ver las cosas, a todo aquel que desee convertirse en el líder de una nación debería exigírsele, como requisito obligatorio para gobernarla, que practique en su día a día cualquiera de las tres profesiones siguientes: la de poeta, la de músico, o la de filósofo. ¿La primera profesión que debiera descalificarle del puesto?: la de político.



La mierda siempre existirá en donde existan organismos que defequen.



El olor de los cerdos depende, en gran medida, del olor del fango en donde se revuelcan.

SOBRE LA TRISTEZA Y LA FELICIDAD



Después de un duro golpe emocional quedamos afectados un tiempo prolongado. Por el contrario, si lo que sentimos es plenitud nos inmunizamos ante la amenaza por un periodo relámpago. En realidad es porque el sufrimiento pesa tanto que embota las agujas del reloj, mientras que la felicidad es tan liviana que libera sus engranajes oxidados.



Si la felicidad se comparte, en vez de dividirse se multiplica.



Algunos proponen que la inteligencia debe medirse por la capacidad que un individuo tiene para alcanzar la felicidad. A pesar de que puedo, hasta cierto punto, entender dicho pensamiento simplista, no lo comparto. Estoy seguro, por el contrario, que los seres más inteligentes tienen mayores obstáculos para alcanzar ese estado de ánimo tan añorado por todos. Sus mentes poseen la capacidad para adentrarse hacia los laberintos profundos del conomimiento, topándose de frente ante crudas y amargas verdades tan ajenas todas a las realidades románticas de los estúpidos. A mi modo de ver las cosas, el círculo vicioso que ejemplifica la absurdidad humana radica en que esas mentes torpes darían cualquier

cosa por un poco de inteligencia, mientras que, por su parte y en nombre de la felicidad, las mentes más brillantes harían lo mismo por un poco de estupidez.



Estamos tan ligados a lo que somos que el hecho de sentirnos infelices significa que no estamos siendo fieles a nuestras verdaderas convicciones.



De la misma manera en que la tristeza es pasajera, pero infinita en su repetición recurrente, de esa misma manera se comporta la felicidad; con la gran desventaja que es más fácil identificar esta última cuando se ha marchado.



La familia, aunque propicia los traumas más cínicos, propicia también la felicidad.



A pesar de ser un privilegiado se me hace difícil vivir en un país en donde la gran mayoría de sus habitantes sufre más de lo que se merece.



Si viniéramos a este mundo a ser felices habríamos nacido hienas o delfines o perros o avestruces, pero somos Humanos, venimos acá para evolucionar... por eso nacimos monos.



Me parece evidente que únicamente seres insensibles pueden llegar a alcanzar niveles de felicidad duradera en un mundo como el nuestro. En lo personal los admiro a todos ellos, pero esa admiración que siento es idéntica a la que le dedico a las ratas y a su indiferencia ante la putrefacción que se lleva a cabo en las cloacas.



La felicidad, si es eterna es falsa; si es constante es engañosa; si se obtiene en pequeñas dosis como las escasas gotas de lluvia que recolectan las manos de un niño que juega en un parque, es verdadera.

SOBRE LA RISA Y EL HUMOR



Seamos conscientes que una de las cosas más importantes que venimos a hacer a este mundo es a reír.



La comedia es un arma de defensa muy poderosa, pero cuando el terreno y el combatiente están reducidos a escombros se torna demasiado difícil de implementar: su armadura compuesta de risas se debilita ante la seriedad del combate.



En nuestros tiempos es suficiente una chispa de humor para desatar un incendio con la potencia de una décima parte de los infiernos que borbotan bajo nuestros pies.

SOBRE LA SOLEDAD



Tengo la capacidad de divagar, de escapar sin dejar trazos que me muestren el camino de vuelta. Tengo la capacidad de perderme y no encontrarme. De enfocar mi vista en algún punto fijo y desaparecer. Tengo la capacidad de volar sobre vastos espacios. De recorrer laberintos amorfos sin encontrar salidas. De sumergirme en azules aguas casi transparentes con niveles tan altos que se extravían con las nubes en el cielo. Tengo la capacidad de jugar con mis manos entrelazándolas por horas sin aburrirme. Tengo como única condición para que todas estas habilidades florezcan: el estar solo.



Me cuestiono si la soledad es el miedo al compromiso porque constantemente pienso que las relaciones son el miedo a la soledad.



Algunas veces me pierdo en mi interior, me desvanezco allí dentro como pez en el fondo del océano. Desaparezco aun del alcance de mi vista como un sueño fugaz, como un espejismo en la arena. Y el tiempo sigue su rumbo y continuo en un ímpace, en trance, en esa adicción a la soledad que me hace refugiarme bajo rocas marinas. Pero la desaparición es

dulce. Lo sé porque cuando reaparezco en mí, siento como si flotara.



Mi gusto por la noche, ese encantamiento hacia lo oscuro proviene sin lugar a dudas de mi paso por el vientre de mi madre. De allí mismo se origina mi pasión por el agua y por sumergirme a mis anchas dentro de sus profundidades oblicuas tal y como esgrime un experto su espada sobre el aire. A ese espacio sin luz también se debe esta soledad consciente, que sabe a la perfección que allá afuera, en otro plano de la existencia hay alguien que cuida de mí, que me alimenta con el amor incondicional de los dioses (o de mi madre) y que me guía y conduce con clarividencia, con perspectiva elevada hacia el refugio de mi destino. Es así como de una noche fría, oscura y lluviosa, en plena interperie, paso al calor copioso de un cuarto forrado con sábanas y plumas, en donde plácidamente me pongo a observar las estrellas que muy bien podrían ser partículas de polvo regadas a causa de mi movimiento expectante, o bien, burbujas de oxígeno revoloteando los densos aires de un espacio acuático.



Otra vez a distancia, alejado de todos y de mí. Otra vez la tristeza monótona que empalaga. Otra vez adicto al desánimo. La bilis recorre mi cuerpo liberando mi verdadero almíbar. Soy aquél cínico que sufre con pasión. El bufón que se mutila las muñecas y esconde los brazos detrás de la espalda avergonzado de sus rasguños. Soy aquél que obtiene sus fuerzas de un estado decaído. Una especie de reptil virulento. Un gusano que aprendió a arrastrarse en

estiércol de lejanas comarcas. Soy un asqueroso psicópata de turbulento pensar, de ánimo acobardado, que se arrincona en un salón a orillas de una fría columna de concreto dando sorbos al contenido caliente de su taza de café, mientras ejecuta airados lamentos: soy un pobre hombre de letras.



Pero hay algo que rescato de esta miserable soledad: es el rumor de la lluvia que cae allá afuera y esa su manera de hacer resbalar sus gotas redondas sobre mi ventana, así como lo hace sobre los cristales de otros cuartos con gente sola que también las observan hipnotizados, en trance, sin dolor.

SOBRE EL EGO



Cansados e incómodos por calzarnos máscaras de ego estando sobrios (sin siquiera percatarnos de ello) recurrimos y abusamos de sustancias que nos desvinculan de cualquier estado de conciencia; sustancias que, como el alcohol, nos hacen creer (debido a ese nivel de relajación y paz engañosa que aflora al comenzar a hacer su efecto anestésico-evasor) que esquivar la realidad es nuestro único puente hacia el bienestar, cuando lo único que logramos es alargar nuestra agonía por la impotencia de no lograr descubrir quiénes somos.



El individualismo ha hecho del ego su alimento primordial.



Ser “importante” no es, ni cerca, lo importante en esta vida. Lo importante es recordar nuestra misión, quiénes somos, y llevarla a cabo. Para poder recordar debemos “desprogramarnos”. Y para eso tenemos que cuestionarlo todo (cuestionarnos todo), hasta que no quede un hilo de certeza en el tejido del conocimiento. En ese silencio interior reposan todas las respuestas.



El ego que se posiciona en la mente del sujeto que no lo observa atento, o quien no se mantiene en plena presencia, se revela contagioso, y propaga su energía negra y visceral sobre otros egos que tiene al alcance, y que de igual manera no están siendo observados por los sujetos portadores de ellos. El ego siempre está latiendo, y sagazmente se frota las manos ante cada situación donde gobierna. El ego es el máximo ente dominante en estos tiempos y son pocos los seres humanos que han podido vencerlo; pues son muchos quienes aseguran no haberlo visto nunca en sus vidas.

SOBRE LA LOCURA



Un loco es preso únicamente de su propia locura, mientras que un cuerdo lo es de todas las normas que la sociedad dicta como su versión de cordura.



La tranquilidad adormece, mientras que con la desesperación no nos queda otra alternativa que despertar.



Todos tenemos la habilidad para alcanzar la locura, pero sólo unos pocos el atrevimiento.



No está mal, de vez en cuando y las veces que sean necesarias, revolcarse en el lodo.



La escritura es más honesta y pura si se ejerce bajo el influjo de alguno de estos dos sentimientos extremos y contrapuestos entre sí: ya sea bajo una amarga decepción o bajo el más grande júbilo. Por eso, cuando me topo con algún individuo de personalidad cambiante, un bipolar por así decirlo, puedo percibir cómo se acrecienta en mí la fe

que le profeso a la literatura.



¡Qué juego tan seductor ese de perderse para volver a encontrarse!



Cada día que pasa me encuentro un poco más loco. Y así, mientras más loco, la vida me habla con un lenguaje más claro. Pienso en alguien y un transeúnte que pasa a mi lado menciona su nombre. Escribo y me atasco en una oración, y un comensal al conversar con sus amigos en el café donde me encuentro, me dicta exactamente las palabras que encajan en lo que quería decir en el texto. Pienso en mi país y aparece la publicidad de la marca de un café que se comercializa en Rosario: Café Guatemala. Conozco a alguien en un hostel y ese alguien, con nombre Rodolfo, me comenta que su nombre en alemán significa lobo, sin saber que yo tengo un apellido que también significa lobo, y que es alemán... Así me llevan las argucias del destino, de una locura a otra, y yo sonrío a todas ellas, lo que me hace recordar que en mi infancia había un loco con nombre Wilson quien deambulaba las calles de la ciudad con una sonrisa similar a la mía, y de quien yo podía asegurar entonces, caminaba perdido, sin ningún sentido. ¡Qué alejado de la locura estaba yo entonces!

SOBRE EL AMOR



Cuando realmente estamos enamorados de alguien solo necesitamos saber que esa persona se encuentra bien (aunque sea con alguien más) para sentirnos inmensamente felices. El verdadero amor es así de sincero, e ilógico para aquellos que no lo sienten o a quienes los domina el ego.



Estamos en una Era en donde nos esforzamos arudamente por alcanzar un sueño que se ha vuelto tan común en todos y que a la vez es tan individualista; consiste en alcanzar nuestro bienestar personal y el del núcleo familiar, a toda costa. Pero el bienestar que buscamos no es otra cosa que una falsa vida de artículos que no necesitamos, de victorias contra cualquiera para demostrar simplemente que somos mejores en algo (y a esto lo denominamos éxito), de cumplir con obligaciones sociales que se reducen a no molestar al prójimo, o dicho de otra manera, a quitarse de su camino... El sueño común de hacer de este mundo uno mejor (que al parecer nunca ha sido tan común) ha quedado soterrado ante innumerables capas de basura y con él hemos soterrado el acceso más directo hacia la felicidad: el amor, por sobre todas las cosas, a lo natural.



Me enamoro y me seguiré enamorando de todas y de todos, en los momentos en que mi capacidad de amor puro no esté bloqueada por mis inconformismos mentales.



Desde que se nos enseñó a amar a una sola persona la humanidad comenzó a cavar su propia tumba, por extraño que esto nos parezca.



Ahora poseo una clara imagen de la mujer que aparece siempre en mis sueños. Desde entonces me carcomen las ganas de evocarla con todas mis fuerzas y sacarla de allí para luego sacarla a bailar en nuestra noche de bodas.



Se me retuercen las entrañas cuando la veo en las imágenes que de ella revela mi cabeza. Se hace exquisita a mi vista, la que alguna vez aprendió a enfocar hacia adentro de mí. Ahora es un hábito inquieto pensarla con sus ojos grandes, con esos ojos suyos que ven directamente a la parte interna de mis ojos. Adentro jugamos un juego de luces sin luz. Aquí danza ella con colores que armonizan sus movimientos lúcidos, y no dejo transcurrir el tiempo para que acerque sus labios, tan cerca, como si tocaran la parte interna de mis labios, y de pronto mi saliva se mezcla con el sabor de la sangre, ese mordizco sublime de sus dientes clavándose en mi boca, y hasta puedo sentir cómo se desvive en mí. Y la veo bien, la veo hermosa, tan mía, pero si intento tocarla con la sombra de mis brazos se desvanece en cuestión de

instantes; es allí donde me quedo vacío otra vez.



Le prometí que llegaría a verla, llueve, truene o relampaguee. Hizo un tiempo agradable así que me quedé solo en casa leyendo. Por más que intenté explicarle no entendió. Quizás nunca quiso hacerlo: hay batallas que desde el inicio están perdidas.

SOBRE LA ACEPTACIÓN



Siento una paz exquisita cada vez que mi mente sostiene la idea de que ésta es una vida ridícula.



Dicen de mí que tengo muy mala memoria. Por mi parte, prefiero decir que soy muy bueno para olvidar.



Si alguien me encuentra hermoso no es para mí motivo de orgullo pues sé muy bien que nada tuve que ver con las facciones y detalles que le ven a mi rostro. Si me juzgan de bondadoso no me atribuyo mérito alguno, pues sé perfectamente que fue otro quien esculpió mi alma y espíritu. Lo mismo sucede si me consideran inteligente, ya que tampoco tuve influencia en la manufactura de mi intelecto. ¿Cómo entonces pretenden que me sienta aludido cuando me llaman feo, malvado o idiota?



Poco escogemos acerca de nuestro nacimiento; es decir, la vida es nuestro obsequio más preciado. Entonces, ¿porqué pretendemos que ésta suceda como se nos antoja? Aceptemos sus desafíos tanto como el regalo mismo.



¡Celebro la vida porque he errado tantas veces como he acertado y a eso se le llama balance!

SOBRE LA MUERTE



La muerte es aquella cosa a la que tanto tememos, la misma que nos llevará lejos de nuestros miedos cuando nos alcance.



Todo se marchita, todo se estrangula, todo se arrastra río abajo sobre corrientes tumultuosas. Todo se precipita hacia una muerte lenta, voraz e inevitable. Somos un error, un fallo, un desperfecto, una circunstancia atroz. Mientras tanto, cada cierto tiempo engullimos incontables bocanadas de dulce vino que nos hace recordar que absolutamente todo renace.



Estamos atrapados en ese preciso momento entre el nacimiento y la muerte.

SOBRE LA VERDAD



¡Cuidado con las verdades a las que nos aferramos, no vaya a ser que ellas mismas nos aprisionen!



Nuestros argumentos deben ir siempre acompañados de dudas (aunque éstas nunca lleguen a ver la luz del día), si a donde sea que vamos nos manifestamos con absoluta seguridad, el tiempo se encargará de dismantelar nuestro error mostrándonos la naturaleza inestable de toda certeza.



La verdad es dura de tragar, mas con un estómago adiestrado se vuelve más digerible.



Es que es así; las mentes más brillantes tendrán las mayores dudas, las personas más amables serán quienes más sufran, los más auténticos serán tratados con el mayor desprecio, los más sinceros serán los más burlados, y los más altaneros serán siempre los más insignificantes.



¡Cuántas pláticas perfectas nos perdemos a causa de la cantidad de murallas que edificamos!



Los ojos de un gato doblegan en hermosura a los de toda mujer con fisonomía estilizada. Esto podría darles a quienes ejercen la profesión de cirujano plástico una pista certera de hacia dónde deben encausar sus próximos esfuerzos. Para lograr una verdadera revolución de este tipo será menester que una artista hollywoodense en pleno apogeo de su carrera se ofrezca como chivo expiatorio, algo que por supuesto será inminente. Al poco tiempo aparecerán hordas de mujeres con piernas de avestruz, caderas de leopardo y cinturas de lombriz, todas muy parecidas entre ellas, de la misma manera en que en la actualidad se pueden percibir a varias de ellas con narices idénticas, tan pequeñas y respingadas como la de un zorro joven.

SOBRE LA HUMANIDAD



¿Por qué será que siendo únicamente doce los individuos que han caminado sobre la luna la humanidad entera se atribuye tremenda hazaña, mientras que si más de setecientos millones viven en extrema pobreza, son solo unos pocos quienes le acreditan tamaña derrota a nuestra especie?



Me pregunto si al momento de encontrar vida inteligente en el espacio se unirán los ejércitos de las naciones del planeta Tierra para formar uno solo y hacerle frente a los presuntos agresores, o bien, algunas naciones los harán aliados para destruir a sus eternos rivales terrícolas.



Las mariposas nadan en el aire como los peces vuelan en el agua. Nosotros simplemente caminamos sobre los senderos cuando no somos pájaros, cuando no somos medusas de mar... mas cuando poetizamos nos adaptamos a cualquier ambiente: volamos dentro del agua, nadamos el viento, flotamos los pantanos como las bacterias; pero mientras nos transformamos, sufrimos de la misma manera en que sufren los humanos.



Todo es sospechoso, irreal, onírico. Las cosas carecen de sentido, luego se tornan relevantes y significativas tan solo para disolverse en retazos de humo y antorcha. No se trata de simple paranoia; sucede en este instante y sucederá siempre: el universo esconde con recelo sus secretos con el único afán de derrochar su misticismo. Se llegará el día, siglos adelante, en que una mujer sabia de nombre Neferu Atón Nefertiti se presente ante el gremio de científicos para probarles que la Tierra no es redonda, que se sostiene por cuatro elefantes a bordo de una enorme tortuga estelar (animales extintos para entonces), y nacerán más dudas... “¿Son acaso dioses del Olimpo quienes sostienen el rectángulo en el que vivimos?” se cuestionarán aquellos quienes habrán resurgido desde el pasado como los únicos pensantes en la nueva Tierra plana: los Neandertales.



Caminar erguidos quizás haya sido la clave de nuestra evolución. De ser así, hemos de ser justos y plantearnos que esa misma es también la clave de nuestra inestabilidad.



En las llanuras, en los ríos y en los cerros se impregnan los recuerdos de las vidas pasadas... si un día las divinidades le otorgasen boca a “nuestras” bellezas naturales, ¡preparaos Humanos para recibir tanto insultos como escupitajos!



Cuando se nos anuncie por investigación científica que el aire ya no es apto para respirarse, y en los supermercados y tiendas de conveniencia comiencen a venderse recipientes de aire purificado, proveniente de las reservas boscosas a precios de introducción por las marcas que ya todos conocemos, podremos estar agradecidos que con el nuevo nicho de mercado se abrirán nuevas fuentes de trabajo. Además tendremos opciones de comprar oxígeno de varios sabores con 0% de grasa y bajo en sodio, y se inventarán nuevas y originales maneras de reutilizar los envases para la reducción del impacto ambiental. Estas marcas de aire fresco promocionarán olimpiadas de minusválidos, e invertirán en obra social como en hospitales para niños con cáncer, por ejemplo... Y en cada uno de nosotros nacerá una secreta admiración hacia aquella empresa líder en ventas, porque esa empresa representa el éxito que todos deseamos alcanzar. Luego querremos saber el nombre del nuevo “crack” de los negocios, y lo sabremos porque habrá un libro relatando su vida y su historia personal que se convertirá en un “bestseller”, y llegará a la pantalla grande, y se harán documentales que circularán en internet... y conforme pase el tiempo todo volverá a la nueva normalidad... Hasta que llegue la increíble noticia que una astronauta por primera vez pisó tierra en Marte, y diga que se trata de un pequeño paso para la mujer, y un enorme salto para la humanidad.



Nuestro positivismo nos ciega de las injusticias, nuestro negativismo de las soluciones.



Si cada uno aprendiera a tocar un instrumento musical el mundo sería más armonioso y habitable.



La competencia entre los seres humanos es un impedimento para lograr su armonía. Si la enfocásemos únicamente en nosotros para ser mejores de lo que fuimos ayer, tendríamos mucha más oportunidad de vivir en un mundo mejor. Al competir contra el prójimo se intenta superarlo, muchas veces sin importar si los términos del duelo son inapropiados, ya que sabemos que una victoria nos genera satisfacción a pesar de haberla obtenido por medio del engaño. En cambio, si la competencia es personal, del empleo de los términos apropiados dependerá la mayor satisfacción, pues el engaño a la propia persona siempre será perjudicial. Es decir, no veo nobleza en vencer a cualquier oponente, mas sí al superarse a uno mismo.



Si tan solo pudiéramos ver con claridad lo mucho que necesitamos de los otros no seríamos tan mediocres en nuestras relaciones humanas.



Fácil es juzgar a los demás con nuestras convicciones, difícil es medirlos con una vara manufacturada con materiales ajenos. Mientras que con la primera opción conseguimos probar nuestras teorías, con la segunda llegamos a descubrir mundos nuevos.



Entre los conquistadores y los conquistados no existen mayores diferencias, además de las que permiten a los primeros ejercer poder sobre los segundos. Si estas pocas diferencias se le otorgasen a los conquistados y se abstrajesen de los conquistadores la situación sería idénticamente opuesta. Los abusos de poder estarán siempre presentes dentro de los seres humanos, al menos antes de La Revolución Profunda de la Conciencia.

SOBRE LOS ESPÍRITUS LIBRES



Un espíritu libre le teme únicamente al cielo raso, si es que a algo le teme.



El Superhombre de Nietzsche no será uno con alas o capa que aprenderá a volar. Será un ser humano, demasiado humano, que caminará más erguido que nunca, con tal liviandad que sus pasos no dejarán rastro sobre el pasto que pisen.



Soy un nómada aun permaneciendo en un solo sitio. Mi mente siempre estará añorando nuevos horizontes. Por lo tanto, cuando se acerque la muerte a partirme en pedazos con su garfio largo y fulminante, podrán afirmar que un nómada dejó este mundo para desplazarse al siguiente.



La vida sólo sorprende a aquel que no se esconde detrás de la rutina.



No conozco una Divinidad más fiel que el Dios del viajero.



Cuando decidimos que nada puede ser tan importante como para que nos afecte de manera importante estamos dejando, al emprender un viaje largo y complicado, el equipaje pesado por la maleta más liviana que poseemos.



Lo más difícil a lo que me he tenido que enfrentar en la vida es a descifrarme a mí mismo.



Soportando constantemente los embistes del agua salada que reciben las rocas a orillas de la playa, tarde o temprano terminan por sentirse vencedoras en su lucha personal a pesar de verse minimizadas.



Nuestra alma se contamina cuando pensamos que las cosas tangibles de este mundo en verdad nos pertenecen.



¡Hagamos de la bondad una moda perpetua!



Los corazones nobles, a diferencia de los imanes, se detectan como polos idénticos.



Algunas veces es necesario desaparecer para luego aparecer con más brillo.



Artista es el que vive la vida como la ve, como la siente, no el que la vive como le enseñaron a verla, como le enseñaron a sentirla.



En la profundidad de nuestra alma encontramos las almas de los demás.



La única guerra que merece la pena lucharse es aquella que afrontamos dentro de nosotros mismos para ser mejores personas.



Al compartir entregamos una parte de nosotros, lo que ocasiona una prolongación en vez de un desprendimiento.



Tenemos el derecho a maquillarle sutilmente el rostro a nuestro pasado así como a imaginarnos un mejor porvenir.



La manera más sensata de vivir, aseguran los poetas (haciendo la salvedad de que todo poeta está loco), es imitando a la Naturaleza, sabia ésta desde su autoconcepción y autocomplacencia. Consiste en llenarnos de inmensidad: dejar pasar la totalidad de los océanos por las ventanas del alma —por ejemplo—, receptora innata de la auténtica belleza inenarrable, permitiendo así que su afluencia nos rebalse y entonces entregarnos hacia afuera como el caudaloso río se esparce por todas direcciones, con la totalidad de la vida que lo habita.

En sus manos tiene dos libros en uno.

El primero es una recopilación de trece relatos diversos. Unos de ellos conforman simples anécdotas. Otros más complejos llegan a convertirse en cuentos. También los hay los que solamente son párrafos sin pretender ser algo más que eso. E incluso está aquél que se vistió de fábula buscando destacar en algo.

El segundo libro, con el apelativo de Aforismos y Adentrismos, está conformado de sentencias astutas, y quizás hasta profundas, que desean a todas luces percibirse como feroces verdades irrevocables.

